

# Una nariz en mi oreja

Antonio Javier Roldán  
Calzado



(c) 2007 Antonio Javier Roldán Calzado  
ISBN: 978-1-84799-284-0  
Publicado por Lulu Press Inc..

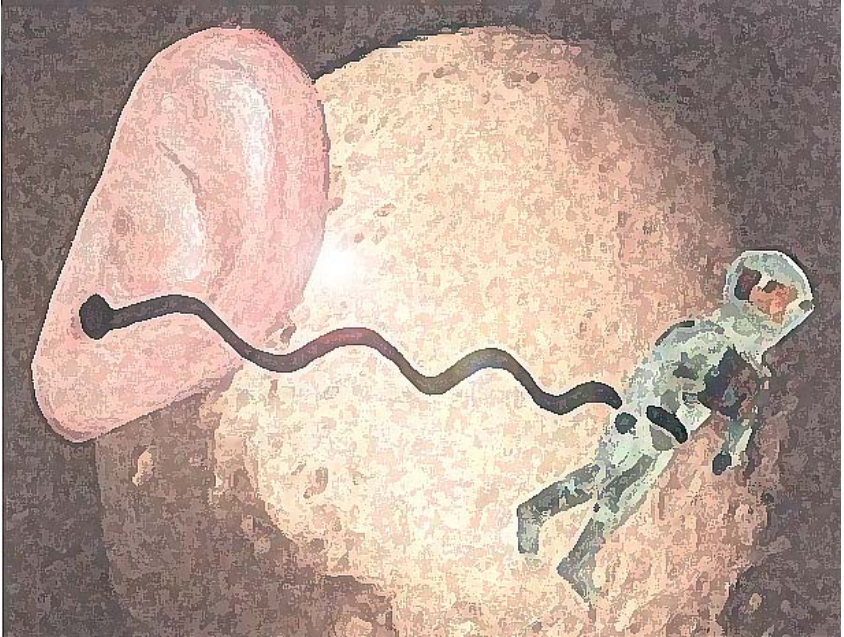


*A mis padres, que me animaron a jugar soñando.*

*A la familia Vega por regalarme un sueño olvidado.*

*A Barclay James Harvest, por ayudarme a seguir soñando.*

*Y a Trini, por ser mi sueño cumplido.*





*...And when all the words have gone  
There's the thought to carry on  
Just like a bird that sings  
Leave it all behind and spread your wings  
You can leave it all behind - spread your wings...*

*Barclay James Harvest*



## Índice

I. Una nariz en mi oreja .....	9
II. Un kilo de empanada .....	25
III. Nunca supiste cuanto te amaba .....	41
IV. My angel of music.....	57
V. El día de los enamorados.....	73
VI. ¿Quieres correr conmigo? .....	89
VII. 2001: La odisea de David.....	105



*...Met an old friend the other day  
Recognised from a different age  
Like a ghost in a photograph  
Distant memories of the past...*

*Paraiso Dos Cavalos-Barclay James Harvest*

## I

### Una nariz en mi oreja

La memoria. Ese bien preciado del que disponemos, capaz de conservar todos los estímulos procesados por nuestros sentidos, tan independiente que decide por su cuenta y riesgo lo que guarda. Nunca olvidaré al Padre Sebastián paseando por la clase, marcando el territorio con su aliento, agitando aquella impaciente varilla de madera mientras me insistía una vez más por mis conocimientos sobre la madre que parió al emperador Carlos V. Allí estaba yo, indefenso junto a la pizarra, observado por los aterrados y compasivos ojos de mis compañeros, sin más apoyo logístico o teológico que mis neuronas y las muecas de

---

Manolito Fernández desde la segunda fila. Un sudor helado inundaba mi rostro intentando evocar alguna ilustración del libro de Sociales entre los convulsivos espasmos que experimentaban los ojos, los carrillos y las manos de Manolito que, según supe en el recreo por boca del artista, quería escenificar el punto álgido de la locura de la reina Juana, pero que mis estúpidos ojos confundieron con un mandril en celo. Como no me pareció prudente transmitir ningún conocimiento basado en aquella intuición, me resigné a que el Padre Sebas me inoculara las raíces familiares del Carlitos a base de hostias.

A causa de aquellas experiencias traumáticas, siempre me ha parecido incomprensible que mi mente sea capaz de transportarme a un mundo de recuerdos, sensaciones y aromas con la sola evocación de alguna imagen del pasado. Eso fue lo que me ocurrió aquella mañana del siete de enero cuando encontré a David sentado en la silla de mi ordenador, recibiendo una de las sorpresas más agradables de mi vida. David y yo fuimos compañeros de correrías cuando era niño, de esos amigos que se cuentan todo y que comparten todos sus secretos y sus miedos, o sea, mi colega del alma. David, mi amigo, me acompañó hasta el último día de mi niñez, aquella mañana de septiembre del ochenta y uno en el que preparé mi equipaje para irme a un internado a estudiar el Bachillerato. Recuerdo que nos vimos de forma esporádica, algún fin de semana, alguna charla en verano, pero poco a poco los años y la distancia nos separaron. Éramos tan distintos...

Luego supe que mi madre se había topado con él días antes y ambos decidieron darme aquella sorpresa. Afortunadamente para mi sistema nervioso, David nunca tuvo cara de sospechoso, es más, siempre se encontraba en perfecto orden de revista con su pelo rojizo peinado hacia atrás y su rostro barbilampiño que apenas precisaba mantenimiento; así que pudo más la alegría que el sobresalto por toparme con un intruso en mi despacho. Le abracé con todas las fuerzas sintiendo como su fibroso cuerpo aguantaba mi embestida.

- Ha pasado mucho tiempo, David –no me respondió-. ¿Llevas mucho tiempo esperándome? Es que ayer estuve de parranda, ya sabes, y volví a las tantas. Como ves, no he tenido tiempo para ordenar la choza. Ya te habrá comentado mi madre que trabajo hasta muy tarde todos los días –noté como ampliaba su sonrisa-. ¡Bueno! Dime algo. Ya veo que sigues tan callado como siempre.

- Ya me conoces. Me gusta escuchar.

- Y a mí hablar, por eso nos llevábamos tan bien. ¡Oye! Te veo en forma. Se ve que te has cuidado mucho.

- No te enfades, pero yo no puedo decir lo mismo.

- Yo creo que es algo genético. Mi padre también estaba hecho una foca. ¿Te acuerdas de él? –David asintió- Tengo que cuidarme el azúcar y esas cosas, pero mientras mantenga la capacidad de amarme a mí mismo...

- Seguro que sigues hartándote de kikos y gusanitos. Tu madre dice que ya apenas haces ejercicio. ¿Recuerdas aquellas

tardes con la bicicleta por el parque del Retiro? Javier, Joaquinito, Andrés... Siempre persiguiendo a aquellas chicas de General Mola.

- ¿Dónde estarán ahora? –recorrí visualmente la habitación como si los buscara – Creo que Andrés se casó y vive en Tres Cantos, pero no sé nada más.

- Veo que te sigue gustando la saga de Star Wars – observó los pósters que empapelaban el despacho-, aunque has cambiado de héroe. Antes te tiraba más Luke, pero por lo que veo te has pasado al lado oscuro.

- Vader es el más auténtico. ¿Has visto que novia le he puesto? –David observó el póster de Emma Suárez con interés topológico- El Episodio I me lo he visto ya varias veces.

- La primera la vimos unas quince, ¿verdad Jaime?

Durante una hora compartimos un desayuno cargado de añoranza y pinceladas rescatadas del pasado, en el que paulatinamente nos fuimos encontrando de nuevo, superando esa frialdad y desconfianza que los años otorgan a las relaciones de la infancia con aquellos testigos incómodos de hechos y rasgos de la personalidad de los cuales nos podemos avergonzar con el paso del tiempo. Mi niñez de gordito mediocre que nunca llegaba el primero en las carreras –ni el último, a puro huevo-, de hombre invisible para las niñas y de estudiante gris, anidaba en mi interior cubierta por un caparazón confeccionado concéntrica y pacientemente de año en año. David siempre fue el tipo perfecto, musculoso, seguro de sí mismo, brillante y con buen

carácter. Sólo compartíamos un defecto, aunque en su caso, desapasionado: ser del “Atleti”.

Durante unos minutos de silencio le observé, y me pareció percibir una tenue mueca de tristeza en su perenne expresión de chico diez. Enfundado en aquel traje gris, algo pasado de moda, había algo de inadaptación en su presencia que yo no recordaba haber percibido nunca. Era como encontrarse a un mayordomo inglés tomándose un Whopper con cubertería de plata mientras un payaso le perpetraba un perrito de globos. Siempre tuve la impresión de que David había madurado mucho antes que los demás pero ahora, en el comienzo del siglo XXI, parecía que el tiempo hubiera transcurrido más rápido que él. Según le analizaba me percaté de que escondía algo bajo la ropa, sin ocultarlo, para que me diera cuenta.

- ¿Qué es eso que tienes ahí, David? –el muy pillo parecía disfrutar con mi curiosidad

- ¿No lo sabes?

- No –hice amago de cogerlo-. ¿Puedo?

- Por supuesto. Adelante.

Se trataba de un pliego de papel doblado, bastante arrugado y cuarteado, con un rótulo escrito con bolígrafo azul que decía: *Para leer en el año 2001*. Al principio no caí en la cuenta, pero bastó con desdoblarlo para que una catarata de sensaciones inundara mi mente.

- “Los aquí firmantes nos comprometemos a cumplir estos deseos en el año 2001”. David, ¿esto lo hicimos tú y yo? Esta era mi letra hace veinte años, ¡Dios! Escribía mejor que ahora...

- Sigue leyendo, Jaime.

- “Yo Jaime Palomero, besaré a Alicia en los labios en el Retiro durante un atardecer y me pasearé con ella en un descapotable rojo por el barrio”. ¡Qué jodío! Con doce añitos y ya apuntaba alto.

- Yo también tenía mi deseo.

- Es verdad, David –leí su escueta frase-. No sé quien lo tiene más crudo, si tú o yo.

- Eso es lo de menos. Lo que importa es que ambos sueños se van a hacer realidad.

- ¡Sí, claro! No me vaciles. Tú te crees que yo voy engatusando a las mujeres por las esquinas.

- Escúchame Jaime –se me acercó como si temiera que alguien escuchara la conversación-. He vuelto para recordarte que tenemos algo pendiente, que quizás fuera imposible de llevar a cabo en aquel momento pero que ahora, con la pasta que ganas y con la libertad que te faltó de niño, puedes lograr.

- Tú estás de la olla.

- Además –volvió la cabeza algo avergonzado-, yo quiero cumplir mi deseo y sabes que sin ti es imposible –

definitivamente iba en serio-. Siempre hablamos del dos mil uno como de nuestro año, ¿lo has olvidado?

- No, claro que no. Lo que pasa es que de niño las cosas se ven muy fáciles...

- ¿Qué sabes de Alicia?

- Nada. Bueno sí, que a los dieciocho se echó un noviete, un tipo que iba para abogado. Supongo que se casaría con él. Hace ya diez años que me vine a este piso y no pretenderás que me sepa todos los cotilleos del barrio.

- ¿Y tu madre?

- Nunca supo que repartía mi amor entre Alicia y la Nocilla.

- Lo primero es encontrarla...

- ... Y luego esperar a que se tire a mis pies. ¡David! Usa la cabeza. Ella tendrá su vida hecha, y aunque no la tuviera no creo que se pirre por mis chichas. Déjalo ya, ¿quieres?

- Primero cumpliremos tu sueño. Luego me ayudarás con el mío. ¿Trato hecho? –me tendió la mano sin darme elección y se la estreché como quien da la razón a un loco.

Desde el día en que nací, pude comprobar que mis relaciones con las mujeres no iban a ser lo bastante fluidas. Para empezar llegué al mundo saliendo, no entrando como me hubiese gustado. Luego no tardé ni un minuto en recibir el primer traumatismo de una segunda mujer que deseaba que la inauguración de mi vida transcurriera sumido en mi inconsolable

llanto. Mal presagio. Tan joven, sin pronunciar ni una palabra y ya arrastrando mi primer desengaño sentimental. Afortunadamente, mi madre eligió un inigualable envase para motivarme en mi recién estrenada alimentación y de paso reconciliarme temporalmente con el sexo femenino. Francamente, no sé como a los fabricantes de productos lácteos no se les ocurre perfeccionar sus continentes para atraer al consumidor a su contenido. Luego, en los columpios del Retiro, me inicié en el estudio del sexo opuesto con gran esmero e interés, analizando sus contradicciones y sus contraindicaciones. Por ejemplo, resultaba provechoso hacer de papá en el juego de los papás, se ligaba de forma instantánea. Lo malo era que al sacar a pasear a la Nancy en mi camión todo terreno para darle gusto a mi querida, algún butanero precoz se llevaba a mi esposa en una reluciente BH dejándome solo, cornudo y con la jodida muñeca en el camión obligándome a dar increíbles excusas a mis colegas, que se preguntaban si estaba despuntando como maricona. Más tarde, al llegar a sexto de EGB, mi pandilla sintió un incipiente picor que nos impulsó a dejar de perseguir a cantazo limpio a Luisito de Pereda-Hartnel para emboscarnos por las esquinas con la esperanza de hallar una concentración de falditas. Lo que no comprendo con el transcurrir de los años es la razón por la que aquellos seres, a medio desarrollar y carentes de glándulas visibles, nos interesaban tanto. Así, día a día, las patorras de los futbolistas dejaron paso a las pantorrillas de las chicas envueltas en sus calcetinitos de algodón blanco.

Tanto va el cántaro a la fuente... Fue una mañana de principios de julio, con los libros de texto todavía de cuerpo presente, cuando nuestro ejército alcanzó los últimos objetivos: nos saludamos. Sí, ya sé que eso no significa nada, pero para nosotros era como perder nuestra virginidad como pandilla. Recuerdo que nos sentamos en el césped, muy cerca del Palacio de Cristal, nosotros siete observándolas biyectivamente –seis meses de persecución son suficientes para que cada uno elija-. Alicia era la más callada, pero para mí siempre fue la más guapa, con aquel pelo que brillaba como si estuviera bañado en oro. Toda tribu tiene su jefe y el nuestro era Andrés, el más chiquito pero el más vivo. Él fue el que rompió el hielo y enumeró nuestros nombres con la misma pasión con la que recitaba los afluentes del Guadalquivir. Ellas sonrieron, especialmente la Rosa, aquella alumna aventajada de Cruella de Ville que lideraba la tribu femenina gracias a el aura que suele acompañar a los repetidores de curso. En un año había pasado de viajar en el vagón de cola de la letra E, a ser la locomotora de una clase en la que era la más veterana en todos los aspectos. Así que, sin cortarse lo más mínimo, fue a una de las mesas del quiosco para apoderarse de una botella de Fanta con la que comprobar de qué estaba hecho mi rebaño. Basta con mirarnos a la cara para averiguar que éramos corderos con piel de lobito.

Yo nunca había jugado a la botella, esa especie de ruleta que incita al apareamiento adolescente y que es una versión abreviada del juego de las prendas. El caso es que aquel juego infantil era para nuestros cuerpos en plena metamorfosis algo así

como una orgía. Me avergüenza reconocerlo al cabo de los años, pero creo que fue la primera vez que me empalmé delante de una mujer. Durante unos minutos todo transcurrió con normalidad, que si dale un beso al que te gusta, que si ji ji ja ja, que si de qué vas tía... -Tenían nuestra edad, pero parecía que jugaban con sus muñecos- Hasta que le llegó el turno a Javier, el moreno alto y calladito que, con su aire de ausente –poético para ellas y autista para nosotros-, las traía loquitas. Luego con el tiempo comprendimos que el resto éramos pura escoria, residuos masculinos que acompañaban al Rey y que inspirábamos en ellas la misma pasión que unos mutantes del inframundo. Pues, como iba diciendo, Javier entró en acción –es un decir- causando risas nerviosas en el entorno de Alicia, la cual se sonrojó escandalosamente. Javier miró la botella, nos miró a nosotros, miró en su interior y entonces pronunció aquella frase histórica: *¿Y ahora que coño tengo que hacer?* No sé si fueron las prisas por alejar el marrón o fue el sol que le daba en la cara, pero el caso es que, empujado por nosotros, besó en la mejilla a lo primero que encontró en el camino –menos mal que en el Retiro no hay mofetas-, que fue la afortunada Rosa, la cual repartía su mirada –culpable hacia la derecha y radiante hacia Javier-, sin saber que decir. El destino quiso que la botella girará en dirección a la ultrajada Alicia, que en pleno despecho decidió besar al gordito del pelo rizado –menda-, con tanta pasión que casi me mete la nariz por la oreja. Si pretendía dar celos a Javier estaba muy equivocada, ya que este, pasado el momento de

angustia, no le quitaba la vista a una hormiga que caminaba muy ufana entre la hierba.

Después de nuestro encuentro cada cual contó la feria tal como le había ido: según Alicia, Rosa era un putón verbenero. Según Rosa, Alicia no sabía perder. Según Javier, las chicas eran muy aburridas. Según Andrés eran unas estrechas, porque él quería los besos en la boca. Según yo, me iba a casar con Alicia.

Aquella experiencia sexual me marcó todo el verano. En pleno delirio hormonal, decidí guardarle fidelidad a mi amada hasta el día de nuestro matrimonio, no lavándome la oreja en tres semanas. Mi padre no calibró la importancia de mi promesa y, alertado por mi madre y bajo la amenaza de tirar de berbiquí para sacar los presumibles champiñones, me obligó a lavar mi afortunado apéndice auditivo .

Como a mí en cabezón no hay quien me gane, durante aquel mes continuó la persecución, pero ya nada fue igual. La motivación de Andrés se limitaba a repetir el juego con un sustancial cambio de normas, a lo cual nuestras contrincantes no se mostraban muy receptivas; así que no volvimos a jugar a la botella ni a salir con ellas. Tan sólo Javier compartía su flash de cola con Rosa cuando esta le venía a buscar a nuestro banco. Mientras el muy alelado protestaba porque le llenaba la golosina de babas, nosotros observábamos a Rosa con veneración. Empezaron a gustarme todas, y cuando digo todas son todas. Estaba más salido que un mono.

Como los colegas fueron perdiendo la ilusión por el grupo de féminas, tuve que perseguir a Alicia por mi cuenta y riesgo. Sí, ya sé que lo de perseguirla suena exagerado, pero es que me convertí en su sombra. Si nosotros nos citábamos a las once y media, yo ya estaba en la calle Ibiza una hora antes sentado en un banco del bulevar, viendo el ir y venir de los vecinos del portal, cuyo portero no me quitaba ojo de encima. Mis esperas dieron su fruto cuando me percaté de que normalmente entre las once menos cuarto y las once menos cinco, Alicia salía con la criada a hacer la compra. Ese era el mejor momento del día. Como si fuera una aparición celestial, mi ángel se me aparecía con sus ojos mirando hacia el suelo, como avergonzada de saber que su amante estaría en algún lugar del barrio montado en su esbelto corcel, haciendo silbar a las hojas de los árboles a su paso. Como en todos los casos de drogadicción, una vez alcanzado el nivel de tolerancia, el sujeto necesita ampliar su dosis, así que decidí hacer una pequeña modificación en mi contabilidad. Se trataba de desviar alguno de mis fondos destinados a chuches veraniegas a compras del hogar, procurando que el gasto no fuera excesivo. Yo entraba en el mercado y elegía un producto que no estuviera mal de precio, como un plátano –con su bolsita y todo, eso sí-, una latita de guisantes o una bolsita de aceitunas, y luego me paseaba orgulloso entre los puestos hasta tropezar con mi amada. Procuraba pasar junto a ella, orgulloso de mis adquisiciones, demostrando a la sociedad mi madurez para afrontar tales misiones logísticas en solitario. Si a la primera pasada me

percataba de que su atención se encontraba fijada en otra cosa, volvía a pasar con la frente alta y la espalda recta, entornando los ojos para parecer más interesante; pero tanta era su prudencia – no olvidemos la figura de la carabina-, que parecía no darse cuenta de mi presencia. Una vez finalizada mi misión, le dejaba mi compra al perplejo pobre de la puerta cuya expresión, entre preocupada y agradecida, venía a decir que prefería unas monedas a una caja de flan del Chino Mandarín.

Pero el gran día llegó a finales de julio y, curiosamente, no estaba preparado. Fue una mañana de domingo, en la que los paseantes poblaban las escasas sombras del Retiro aguardando algún velador libre en los quioscos para tomar el vermú. Mis padres charlaban en un corrillo de amigos, entre los que se encontraban los de Javier, el cual me había convencido para ayudarle en la recolección de chapas para formar un súper equipo que arrasara en nuestros torneos de septiembre. Royal Crown, Lux, Pepsi, Cinzano... Parecíamos ratones entre las patas de las sillas husmeando por las mejores presas. Entonces la vi, unos metros más allá, sentada en un banco de madera leyendo uno de esos tebeos para chicas que tanta grima nos daba, envuelta por los destellos que el sol dejaba al acariciar las copas de los árboles. Una camiseta ceñidita dejaba vislumbrar dos incipientes promesas para una mañana próximo. El pelo suelto, pero vigilado por la diadema, sus manitas acariciando la cubierta del tebeo, las piernas cruzadas bajo una faldita a cuadros y su nariz, como hociquillo de ardilla inteligente, absorbida por la lectura. No era pasión de amante, pero parecía un ángel. Dejé las chapas

en manos de Javier y contemplé mis ropas avergonzado de mi suciedad. Realmente no era digno de ser su hombre. Miré alrededor, intentando averiguar cuál de aquellas parejas serían sus padres, para así ver el reflejo del futuro en su madre. Pero como el destino es caprichoso quiso ponerme a prueba. Desde el Palacio de Velázquez bajaba Guzmán, el macarra oficial de mi curso, con su esbirro, el Wormy, una pareja que traía por el camino de la amargura a Manolito Fernández, mi fiel compañero que no dudó en hacerse el loco en honor de la reina Juana. Pues bien, según se acercaban iban riéndose escandalosamente porque le habían mandado a unos críos el balón a tomar viento de una patada, para lo cual doy fe de que estaban muy bien entrenados. El caso es que al ver a Alicia comenzaron a cuchichear y, conociendo el paño, me temí lo peor, por lo que no dudé ni un instante –el poder femenino- y me encaminé decidida, e inconscientemente, hacia el presunto lugar del crimen por cometer. El Wormy se acercó a Alicia y le estampó el tebeo en la nariz, su nariz. ¡Mi nariz! Todo ocurrió muy deprisa, como en un sueño en el que yo estuviera viendo la gilipollez que iba a cometer otro tomándome una bolsa de kikos desde la grada, con el ligero inconveniente de que todo era real. Por eso el Wormy no se percató de que una masa cabreada y repleta de adrenalina se dirigía a él, le soltaba una coz en los huevos y agarraba a la ofendida del brazo mientras él, haciendo honor a su apodo, se retorció de dolor en el suelo mientras Guzmán se quedaba a ayudarle, restregándose los ojos al descubrir que era el Jaimito aquella especie de poseso que les había embestido.

Alicia y yo comenzamos a correr en dirección al Palacio de Cristal, yo con mis gónadas más intactas que las del Wormy pero a la altura de la tiroides, y ella partiéndose de risa recordando la escena que acababa de vivir. El ácido láctico y mi limitada capacidad atlética me aconsejaron detenerme en una especie de cuevecita que había en la orilla, para así poder tomar oxígeno. Nunca olvidaré aquella escena, tan romántica, junto a los cisnes y patos acompañándonos, sentados en aquel banco donde muchas parejas buscarían intimidad al atardecer. Yo respiraba como si fuera a morirme y ella seguía riéndose con el tebeo tapándole la cara.

- ¿De qué te ríes? –dije entre espasmos provocados por la asfixia y el terror.

- De nada – ji, ji, ji... Ha estado muy bien...

- Son dos macarras de mi clase –cof-. Muy peligrosos.

Se me quedó mirando, con esa media sonrisa suya que me ponía el vello de punta, mientras jugueteaba con la revista. Las gotas de sudor me corrían por mis rojas mejillas, esquivando alguno de mis primeros granos, en lo que parecía una recreación de una fresa gigante recién lavada y a punto de estallar. Ella se quedó quieta de repente, acercó su mano derecha a mi rostro y me agarró fuerte uno de los mofletes, batiéndolo con alegría y diciéndome aquella frase que me marcaría: - *¡Qué rico!* Dicho lo cual se alejó con un breve adiós, volviendo el rostro de nuevo hacia mí, sin dejar de reír ni mover la cabeza.

Allí estaba yo, con las manos llenas de tierra, el cuerpo sudoroso y el corazón buscando un resquicio para escapar, pero más feliz que un ocho. Sólo lamentaba dos cosas. Una que mi amada no se hubiera despedido con un beso de amor y la otra que Guzmán y Wormy entraran en ese momento por el otro lado de la cueva.

En el mes de agosto ella se fue de Madrid mientras yo me quedaba aquí con la única compañía de David, el cual me hizo esos días algo más soportables. Ahora, pasados los años, me doy cuenta de los rollos que tuvo que tragarse, el pobre, lo cual da más valor a nuestra amistad.

La pandilla volvió a reunirse al final del verano. Aquel mes de septiembre, previo al bachillerato –internado para mí-, fue el primero en el que no cambiamos cromos de futbolistas –salvo Javier, ¡qué pena de cuerpo!-, ni organizamos el torneo de chapas. Una especie de incomodidad se respiraba en la tribu, como si fuéramos desconocidos, hasta que nuestro líder –Andrés- rompió el hielo dando el primer paso: he conocido a una chorvita que está como un queso...

Mientras ellos comenzaban a entusiasmarse con sus relatos de faldas yo buscaba melancólicamente una nariz en mi oreja.

*...A light shining in my life  
A fire that is burning  
I've never been this way before  
You know that the time is right  
To keep the flame burning  
Turn the key and you'll open the door...*

*Turn the key-**Barclay James Harvest***

## II

### Un kilo de empanada

Mockingbird es una de esas pequeñas empresas de multimedia nacidas de la generación Spectrum, jóvenes de treinta y tantos que habíamos crecido entre los Atari, Commodore y, por encima de todos, los entrañables Sinclair. Aquellos pioneros habían suplido las carencias técnicas de los primeros ordenadores personales con una estimable dosis de imaginación y espíritu de innovación. Tres compañeros de bachillerato nos pusimos manos

---

a la obra con el objetivo de crear software de entretenimiento, tan ingenuo que no se usaría hoy ni en el más cutre de los móviles. Fuimos evolucionando juntos logrando nuestro gran éxito con “Mock”, una especie de pollito mutante capaz de enfrentarse a un ejército de alienígenas sin desplumarse. El éxito no pasó desapercibido para los gigantes del gremio, uno de los cuales, Wonder Games, absorbió la empresa respetando la marca y colocando un ejército de yogurines, recién salidos de la lechería, a nuestras ordenes. Desde entonces tengo un pequeño despacho con un póster del Coyote y Silvestre con los estómagos repletos y otro del maestro Yoda bailando vestido de Fred Astaire. También disfruto de una secretaria compartida, Marga, que por su edad ha asumido el papel de madre de todos nosotros -algo así como una hipotética madrastra de los Tres Cerditos- y es el único ser humano conocido capaz de navegar por el mar tempestuoso de nuestras mesas.

Pues bien, estaba yo el lunes siguiente a mi encuentro con David enfrascado en el diseño de unas escenas para una versión infantil de Mock en una granja, en el que mi pollito lideraba una especie de rebelión a lo Orwell, cuando entró Marga con el correo.

- Toma. Esta es del servicio de mantenimiento –se recolocó sus gafas del “Un, Dos, Tres”-. Si quieres luego lo repasamos, no vaya a ser que nos hayan metido en la factura algo que estuviera contemplado en el contrato.

- Gracias Marga –¿Facturas un lunes por la mañana? Esta mujer necesita una desintoxicación laboral urgente-. ¡Oye! ¿Qué estás haciendo ahora?

- ¿Qué quieres? –situó el bolígrafo en presentes armas

- ¿Tú sabrías cómo localizar a una persona?

- Depende. ¿Has buscado en el listín telefónico?

- No –moví la cabeza irónicamente para demostrarle que no soy una planta-. Me faltan datos.

- ¿Sabes el nombre completo?

- No.

- Ya –frunció el ceño y todo aquel rasgo facial capaz de transmitir interés-. Pues entonces...

- Sólo sé el portal donde vivía hace veinte años.

- Se puede intentar –destello de eficiencia tras el ojo de buey izquierdo-. Algún vecino nos puede informar.

- ¿Te importaría? –puse mi mejor cara de cordero perdido

- Vale. Pero entonces repasa tú solo la factura.

- Por supuesto, después del desayuno, mami. Mira, se llamaba Alicia y era una cría allá por el ochenta. Te he apuntado en esta hoja la dirección, pero no sé el piso.

- No te prometo nada. ¡Hasta luego! –se volvió al llegar a la puerta- Por cierto, los de la máquina del café han estado aquí para arreglarla.

- ¿Y?

- Me han recordado amablemente que las manipulaciones no autorizadas, especialmente en el cajetín de cobro, no entran en el servicio de mantenimiento.

- O sea, no más chapas.

- No más chapas.

- Lo he cogido.

- Me alegro.

Una *no promesa* en boca de Marga significaba un noventa por ciento de posibilidades de llevar a buen término la tarea, como así fue. Mi efectiva secretaria había telefonado a cuatro números al azar de un viejo listín telefónico organizado por calles y, tras cuatro llamadas, dio con una vecina que sabía donde vivía la familia de Alicia. Los padres, jubilado él, habían vuelto a su pueblo castellano dejando a su única hija al cuidado del negocio, una panadería de la calle Conde de Peñalver, que ella había transformado en una de esas croissanterías con horno propio que hacen napolitanas y baguettes –recordando la pujanza de Alicia estaba deseando probar su bollería-. Evidentemente, colmé a Marga de piropos y alabanzas –mientras revisaba los papelotes-, y prometí invitarla a comer toda la semana cualquier menú encabezado por “Mc”. -Me gusta ser detallista.

Una vez logrado mi propósito proseguí mi trabajo para adaptar a mi pollito a su nuevo hábitat, pero transcurridas dos horas me di cuenta de mi falta de concentración: Mock aprendía

a montar en burro dentro de mi monitor, con tan poca pericia que parecía querer hacerlo en otro sentido de la palabra. Dejé aparcado al pollo en tan libidinoso bucle y me di una vuelta por la oficina para compartir una Coca-Cola con Felipe -llamado el Príncipe por su afición a las galletas del mismo nombre y por ser tocayo del Borbón-, que se encontraba diseñando unos fondos para la granja del juego, con tanto realismo que parecía que Julie Andrews iba a aparecer de un momento por el horizonte como si fuera la presentación de un virus informático letal.

- ¡Joder, Príncipe! Me gusta mucho. ¿Quieres? –le ofrecí la lata

- No, luego más tarde –tenía los ojos fijos en el monitor-.  
¿Cómo ves el espantapájaros?

- Bien, pero... ¿No te parece que está crucificado?

- ¿Tú crees?

- Yo le levantaría la cabeza y... Quizás...

- Quizás...

- Ponerle una cabeza de calabaza, de esas de Halloween.

- Puede. Le dije a Tomás de animarlo y que cobre vida al paso de Mock.

- Es una buena idea. A lo mejor Mock podría recoger un mechero de la caja de herramientas del granjero, ya sabes, uno de esos objetos que se recogen y que no sabes para que coño sirven hasta que pasas por la pantalla varias veces.

-¿Y para qué lo coge?

- Para incinerar al espantapájaros –sorbí de la lata satisfecho por la inspiración de su azúcar.

- Es una idea...

- Oye Príncipe, ¿te puedo hacer una pregunta personal?

- Estoy tieso, tío.

- ¡Que no! –mi fama traspasaba despachos- Es sobre la amistad.

- La amistad, claro... -me miraba de reojo agarrándose a su teclado

- Siempre me he preguntado si los amigos son para siempre, ya sabes...

- Eso decían en la Olimpiada de Barcelona, pero sólo era una canción.

- Te lo digo porque a lo mejor intento contactar con una amiga que tuve de chaval –el Príncipe giró la cabeza y me sonrió, el muy salido-. Lo que pasa es que, bueno, fue una historia algo fugaz y no sé si se acordará de mí.

- Eso depende. Yo me tiré a la hermana de Tomás, ¿te acuerdas? Cada vez que me ve se le escapa una lágrima.

- Estrés postraumático lo llaman.

- ¿Estrés qué?

- Felipe, me refiero a una amiga de la infancia. Salimos alguna vez –observé a mi interlocutor para ver si me tomaba en serio-, en pandilla, claro.

- O sea, que no pasó nada.

- Hombre, tanto como nada... -recordé su beso y su penetración en mi pabellón auditivo- Digamos que hubo un primer contacto físico que no fue a mayores, pero fue intenso.

- Esas cosas no se olvidan, Jaime. Seguro que aún tiene sueños eróticos contigo. Y, ¿estaba buena?

- Prometía bastante. Además, están los ojos.

- ¿Tenía ojos? Eso es un factor a tener en cuenta.

- Eran verdes... O azules.

- ¿Estampados?

- ¡Oye! Si te lo tomas a coña me voy, ¿vale? Bien que me diste la vara con la comercial aquella sin que yo te dijera esta boca es mía –ni que se parecía a Peter Cushing.

- Perdona tío. Ojos claros, ¿no?

- Clarísimos –eso creía recordar, por lo menos oscuros no eran.

- El pelo –puse cara de entrar en trance-. Ni un cabello rubio mal colocado bajo una diadema esmeralda que le abarcaba de oreja a oreja. La nariz...

- Nariz...

- No te lo vas a creer –me acerqué como para confiarle un secreto-. Su nariz era una terrible maquinita de placer.

- No me jodas.

- Lo que oyes. Algún día te contaré lo que era capaz de hacer con ella.

- Me dejas intrigado, y eso que estoy puesto al día de perversiones. Pues no lo pienses más, tío, y vete a buscarla.

- ¿Y si está casada? O a lo mejor no se acuerda de aquellos días –realmente lo dudaba, como si fuera posible que alguna de sus neuronas se hubiera ocupado de mí-. ¿Tú que harías?

- Intentarlo, por supuesto. No pierdes nada, sólo un cachito de dignidad.

- Sí es sólo eso.

- Además –se puso repentinamente serio-. Mock lo haría, y te puedo asegurar que tú tienes más huevos que él.

- Los pollos son ovíparos -protesté.

- Nadie es perfecto.

Al mediodía me concedí salir media hora antes a comer para realizar una primera incursión en la panadería de Alicia, no sin antes pasar por los almacenes de la calle Goya para comprarme un perfume de marca que me hiciera sentir más

interesante. No olvidemos la importancia que para mí tenía el sentido del olfato en mi relación con Alicia.

Debo reconocer que no estoy muy informado sobre el mercado de perfumería salvo por los anuncios de Navidad y el puntual tonelito de colonia que mi madre me reserva cada Nochebuena en mi calcetín y que, por mucho que evoco el anuncio, no me coloca una Harley entre las piernas y una rubia sobre ellas. Así que me dejé asesorar por una amable dependienta que, sedienta de vocación y comisiones, encontró una fragancia capaz de crear una atmósfera de seducción a mi alrededor. Me la llevé puesta –a la colonia, porque ella no parecía interesada en mi mercancía- y me dirigí muy ufano y orgulloso Conde de Peñalver arriba con decisión y determinación. Crucé la calle a la altura del difunto cine Salamanca y los pocos metros me encontré con mi objetivo: Croissanterie Licia. ¿Y la A? –pensé- La verdad es que sonaba más comercial que Alicia, pero semejante amputación me hizo estremecer, abordándome una inquietante visión de la mujer de mis sueños decapitada. Una mujer de unos setenta años, excesivamente maquillada -o encalada-, salió con una barra de pan dejando entrever por la rendija de la puerta a una decena de clientes rodeados por paredes y suelos enladrillados. Un aroma a pan caliente y chocolate industrial me acarició en aquel mediodía de invierno, atrayéndome con sus dulces tentáculos al interior del local. Mi estómago fue más rápido que mi cerebro –está más cerca- y ordeno a mis piernas dirigirse al interior.

Empecé a sudar, fuera por el cambio de temperatura, por el horno, por la cantidad de gente o por los nervios que tenía. Respiré hondo y me puse disimuladamente de puntillas para analizar mi objetivo. Nada, una calva, permanentes, alguna melenita juvenil y una presunta peluca. Esperé un poco más, pero me pudo la impaciencia por ver a mi Julieta, por lo que me fui aproximando al mostrador mediante un quiebro que fue descubierto por un jubilado profesional, con bolsa de pan en la mano, que llevaba el registro de entrada y salida de todo el personal. Se percató de mi estrategia y tuve que retroceder asustado ante la ferocidad de su rostro. Seguí esperando y transpirando, distraído por unas toscas esculturas de pan que se fosilizaban en una vitrinita junto a un espejo. *Time goes by...* Una dulce voz reclamó a un cliente la posesión de un billete más pequeño -¡Debe ser ella! Pensé- Mi jubilado preparó sus pesetitas contándolas con avaricia sobre la mano sin perder la vista a sus flancos. La dulce voz emitió un “Gracias” sensual – nada que envidiar a las máquinas de tabaco- que me puso la piel de gallina y entonces fue cuando un abrigo de pieles con una mujer dentro se volvió en dirección a la puerta dejando un hueco en mi campo de visión, el cual se llenó de cestas de pan, hogazas y de un rostro sonriente que me dijo: ¿Qué desea?

Lo vi todo negro. Demasiado oscuro, tanto que recordé que Alicia no era africana y por lo tanto algo fallaba en mi guión inicial. La solícita dependienta me seguía inquiriendo con su sonrisa blanquísima por mis deseos culinarios mientras yo seguía moviendo mis ojos como un camaleón mosqueado sin encontrar

a nadie más tras el mostrador. Ella insistió educadamente: - ¿Qué desea? Por favor.

- Pan –dije orgulloso en mi desorientación-. Quiero pan.

- Tenemos barras, con o sin sal, hogazas, baguettes, roscas, baguetines, piezas pequeñas...

- Pues deme un trozo de esa empanada –me refería a mi mente pero la chica me sacó la bandeja que señalé.

- Es al peso.

- No sé, ¿un par de kilos?

- ¿Está usted seguro?

- No, claro. No son patatas. Un trozo así –dibujé con mis manos algo similar a una Din-A4.

- Muy bien señor.

Mientras ella preparaba mi almuerzo continué oteando la tienda y pude ver un despachito con la puerta encajada y la luz apagada. Si Alicia era la dueña posiblemente aquella habitación sería su despacho. Se me alteró el corazón sólo con imaginarla vestida de ejecutiva agresiva, con su látigo, su minifalda y sus gafas de montura dorada gritando: *más pan, más pan, es la guerra...*

- Trescientas cincuenta, señor. ¿Algo más?

- No, gracias. Eso es todo –le entregué el importe exacto y abandoné el local con mi empanada.

Me sentía ridículo con mi paquetito y mi aroma a jazmines calle abajo en dirección a ninguna parte. Debía trazar un nuevo plan de ataque. Lo primero fue buscar un lugar digno para hartarme de empanada con el frío que hacía sin parecer un vagabundo. Añoraba mis días londinenses, en los que podías comer en cualquier lugar pasando desapercibido entre la multitud de comensales que poblaban las zonas verdes y los bancos. Decidí irme al Retiro y compartir mi almuerzo con las palomas en algún banco soleado y cercano a alguna fuente que lubricara aquella ingestión de atún en vena.

Una vez apalancado frente a la antigua Casa de Fieras, repasé los hechos detenidamente. Estaba claro que en algún momento ella tendría que aparecer por el negocio, pero ¿cuándo? Si no estaba allí en plena hora punta de ventas sería porque se encontraba en casa preparando la comida. ¿Estaría casada? Probablemente, con lo cual mi iniciativa se tornaría más patética si cabe. También es posible que tuviera hijos. Uno, dos, tres... ¡Trillizos! –un trozo de pimiento se me atascó en el paladar mientras me la imaginaba rodeada de bocas que, cual pajarillos hambrientos, suplicaban condumio a su madre- Quizás también tuviera una madre a quien cuidar y una suegra. No, mejor dos suegras. ¡Dios mío! Mi pobre Alicia quizás fuera protagonista de un dantesco culebrón sudamericano: - *¡Maldito hijo de la chingada! Nunca me ayudas acá con el bebito. Debí casarme con Jaime. Aquel si era un hombre bárbaro no una nenaza como vos, no más.*

Devoré mi empanada tan enfrascado en mis pensamientos que no vigilé el reloj. Cuando quise darme cuenta eran las tres y tuve que regresar a Mockinbird y proseguir con el entrenamiento de mi pollito entre ardores de estómago e irrealizables planes de rescate para liberar a Alicia de su triste vida.

Sobre las cinco de la tarde, Mock comenzó a cabalgar en su burrito con cierto aire marcial, como si se dispusiera a supervisar su plantación de cafetales, por lo que decidí emprender una honrosa huida –escaqueo- a mi casa para descansar. Lo primero que hice al llegar a mi pisito, después de precipitar la mochila y el abrigo sobre el sillón, fue contarle a David los acontecimientos del día. Él me observaba sin pestañear desde mi despacho, escuchando mis pesquisas iniciales en la búsqueda del primer amor, cuyo eco de atún demandaba con premura un buen digestivo. Objetivamente había progresado bastante en una sola jornada, aunque tuviera ese amargo sabor a encuentro interruptus, teniendo en cuenta que nunca supuse que sería capaz de entrar en aquel juego propuesto por mi pelirrojo amiguito. Siempre había tenido la cerradura, pero nunca tuve la llave –o sea, los arrestos- para abrir la puerta.

David se sentía orgulloso de mí, como aquella vez que le conté como llevé a mi equipo de fútbol a una victoria grandiosa en el Retiro una mañana de verano hacía mucho tiempo. Sería un partido más si no fuera por dos motivos. El primero es que los de Goya andaban rondando a “nuestras” chicas, y eso a ciertas edades llama a la sangre y al duelo por el honor perdido. El otro

motivo era la presencia de ellas en los bancos cercanos disfrutando del pique de los portahuevos del barrio. Se palpaba la tensión. Olía a adrenalina, sudor y polos de Coca-Cola. Yo, como siempre, enfundado en mi ajustadísima camiseta del Atlético de Madrid, situado en el centro de la defensa con mi bocata en la mano dispuesto a no dejar a nadie pasar al área. De portero estaba Javier, tan largo como era, que era como colocar un tercer poste que aleatoriamente se movía a izquierda y derecha. Andrés, que dirigía el equipo con maestría, ya que era el más motivado por ganar al equipo de Goya, me ordenó que me convirtiera en un muro infranqueable y que pateara la pelota a tomar por culo en cuanto me llegara –me advirtió que lo hiciera en sentido contrario a la portería-. Pues allí estaba yo dándole dentelladas a mi bocadillo cuando ellas se acercaron a la portería defendida –eufemismo- por Javier. Aquella emboscada femenina armada hasta los dientes de chicles de fresa ácida comenzó a distraer a mi portero con sus globitos –y similares- con la sana intención de echar un cable al patético equipo de Goya. Evidentemente aún no conocían a Javier; pero algo vieron en él que les llamó la atención porque de querer distraerle pasaron a confraternizar con el enemigo. Y entre ellas estaba Alicia, cuya cabecita rubia resplandecía como un ángel ante mis colchoneros ojos. Llevaba una camiseta con la novia de Mickey Mouse vestida de rojo - la muy ratona- ajustadita a sus dos incipientes brotes, y un pantaloncito vaquero acampanado que dejaba adivinar unas piernas de quitar el hipo. Fue la única vez en mi

vida que flirteé con el travestismo al desear reencarnarme en aquella ratoncita.

Marcamos el primer gol a los pocos minutos. Lo celebré desde el área agitando mi bocata a modo de trofeo y mirando de forma provocativa a las chicas. ¿Quiénes son los mejores tíos? ¿Eh? ¿Hay alguna duda ahora? Y en esto que el Germán coge la pelota en un rebote y se dirige como un tren correo a la portería en la que vegetaba Javier. Me di cuenta porque ellas se alteraron dejando huérfano de miradas y pompas de chicle al portero y dirigieron sus ojos a lo que sucedía a mis espaldas. Me volví y le vi, con la pelota pegada al pie corriendo con determinación para marcar el gol de su vida. ¿Izquierda? ¿Derecha? ¿Por donde entraría? Daba igual. Mi orgullo masculino y el buen nombre de mis colegas estaba en juego y debía tomar una decisión rápidamente. Al no saber que hacer me lancé al suelo –Luiz Pereira, Arteché, Adelardo, todos en uno- dispuesto a trillar cualquier obstáculo que se me pusiera por delante, emulando el salto del tigre de Sandokán, y pasando mi pierna izquierda cual guadaña a pocos centímetros de sus tobillos, y la derecha – involuntariamente- de lleno en la entrepierna. El alarido sobrehumano se escuchó en todo el campo, nada comparable con la sangre que manaba de uno de mis codos. Fue un penalti como una catedral que el presumible eunuco se empeñó en lanzar una vez que recuperó el color, pero que erró al no poder todavía controlar sus músculos inferiores.

Ganamos el partido por tres a dos. Formamos una melé de saltos tribales junto a ellas, pero, cuando quisimos darnos cuenta, ya se habían marchado de allí. No me importaba, porque estaba convencido de que ella debió descubrir en mí al más macho de todos los machos –Cantinflas dixit-, al más cuadrado de todos los defensas, una inmensa mole de puritito músculo cristalizado entrenado para matar, como el 007 de las películas. Luego supe que no le quitó ojo al portero, pero esa ya es otra historia. Lo que importa es que me había enamorado por primera vez y lo había hecho de la chica más bonita del barrio.

Sólo eché de menos el que ella no viniera a lamerme la herida -perverso que es uno.

*...For your love I cry  
The long lonely hours  
Before the dawn  
In my dreams I try  
To hold back the dark  
To hold back my fear  
But I'm not alone tonight  
So help me turn the tide  
Light up the flame of love  
And let it shine...*

*For your love-**Barclay James Harvest***

### III

## **Nunca supiste cuanto te amaba**

Una fría llovizna hacía todavía más deprimente el paseo por las zonas comerciales en la hora de cierre. Algunas dependientas se asomaban a los ventanales sumidas en su ociosidad por la ausencia de clientes. Era como si todos los madrileños estuvieran ocultos por haber matado al siglo por segunda vez –según los expertos esta era la definitiva- y bastara una fina lluvia para dejarles en casa con las pantuflas bien ajustaditas. Yo llevaba unos minutos paseando calle arriba y abajo sintiendo mis

pulsaciones en las sienes cada vez que pasaba por Licia. Ahora no había ninguna duda, porque me había parecido verla a través del cristal colocando unas bandejas en la cocina. Llevaba todo el día trazando un plan de ataque, para el que precisaba cierta intimidad, sin clientes que la pudieran distraer de mi conversación. Eran las ocho y veinte cuando creí oportuno reencontrarme con mi amor. ¿Se acordaría de mí? Mi natural optimismo chocaba con la impenetrable realidad. Seguro que atando cabos sería capaz de llegar hasta ese grupito de neuronas perdidas, que jugaban al mus en algún oscuro rinconcito de su cerebro, conteniendo la información archivada a nombre de un tal Jaimito, el gordito que conoció con doce años, al que Alicia besó por despecho un día en el retiro y el que le dio una patada en los cojones a aquel gamberrete que le arrugó la Lily. La autoestima de esas neuronas debería ser patética, si es que existían. A pesar de todo, David tenía razón: no perdería nada más que unos gramos de dignidad y unos minutos –lo que más me podría perjudicar-. Así que no lo pensé más y penetré en la tienda.

- Buenas tardes –dijo Alicia desde el mostrador-. Dígame...

- Eres Alicia, ¿verdad? –como si yo no lo supiera

- Sí... ¿Le conozco? –noté como se le borraba su comercial sonrisa

- Soy Jaime, ¿no te acuerdas de mí? –por su cara como si le decían Oswaldo Francisco de Todos los Santos

- No caigo... –entornó los ojos como si buscara a las neuronas del mus

- Hace ya mucho tiempo –me entraron ganas de huir de allí-. Éramos unos críos. Tú eras de la pandilla de Rosa. ¿Sabes de quién te hablo?

- ¡Huy, por Dios! Eso fue en el Pleistoceno –mordió la punta del bolígrafo con un gracioso mohín-. Rosa... ¡Qué cosas!

- Yo era de la pandilla de los chicos.

- ¿Qué pandilla?

- Sí, mujer. Soy el que te defendió en el Retiro cuando un cabrón de molestó mientras leías.

- Me vas a perdonar –se le notaba inquieta, como si desconfiara de mí y pensara que yo era un timador o alguna especie de perverso-, pero no me acuerdo.

- ¡Vaya! –no podía haberse olvidado tan fácilmente de mí- ¿No te acuerdas de Javier? El hijo del notario –di en la diana, porque de repente se ruborizó.

- ¿Javier? –Alicia hizo un par medias abdominales- Sí, sí le recuerdo... Pero tú...

- Yo soy al que besaste en el juego de la botella. El del pelo rizado -me dolía decir esto-, el gordito con los ojos de pez.

- ¡Ay, sí! Creo que sé quién eres.

- ¿Sí?

- Pues claro. Tú le gustabas mucho a Marta...

- ¿Marta? –pero, ¿quién coño era esa?

- Ibas mucho al mercado, ¿verdad?

- Sí, mi madre... –me sentía desnudo y no porque ella lo deseara- Cuando no tenía arroz para la paella pues... Vamos, que veo que te acuerdas.

- Sí. ¿Hablamos alguna vez?

- ¡Pues claro! –respondí ofendido- Y más que eso –me arrepentí en el acto de decir aquello-. Ya me entiendes –hice un guiño que pareció un tic nervioso.

- No te entiendo –aunque los años habían cambiado su rostro, su media sonrisa seguía siendo única-, pero no importa. ¿Qué es lo que quieres?

- ¿Qué quiero? –por dónde empezar, Reina- Pues, resulta que algún día he venido a comprar y nunca me he decido a saludarte –ella sonreía cortésmente-. Y hoy... Pues, eso... ¿Por qué no?

- No siempre estoy frente al público.

- Lo mío es la empanada.

- ¿Qué empanada?

- ¡Vamos! Que me gustan mucho tus empanadas –bella metáfora, a fe mía.

- ¡Ah, claro! ¿Quieres un trozo? -Sacó un cuchillo y con él me señaló una porción que había sobrado

- No, gracias. Ya tengo la cena preparada.

- No importa. En el frigorífico aguanta varios días –y se puso a empaquetarla.

Mientras preparaba el envoltorio se hizo un pequeño silencio en el que aproveché para admirarla. Llevaba el pelo más corto, menos rubio que cuando era más joven. Conservaba el tipo, pero estaba más madura en el sentido agrícola de la palabra. Quizás fuera una ilusión óptica, pero me pareció que la empanada se estaba derritiendo al ser sostenida por su mano.

- ¡Toma! Ya nos veremos por aquí. ¿No?

- Sí... Eso es... A por empanada...

- Hoy estaba aquí porque Claudia tenía cumpleaños y he podido darle a María uno de los días que le debía, que si no...

- Claudia es...

- Mi hija –sonrió abiertamente-. Seguro que las has visto esta Navidad por aquí ayudándome con los roscones de Reyes.

- Los roscones, por supuesto –Al oír lo de la hija sentí lo mismo que cuando al gato Silvestre el bulldog le sacaba al Piolín de la boca.

- Esta hecha hace dos horas –me entregó mi empanada y me tendió la mano como si fuera un representante de harinas regalando calendarios-. Espero verte pronto.

- Lo mismo digo. ¿Qué te debo?

- Nada. Hoy te la regalo.

-¡Gracias! –me pregunté si habría dejado el cuchillo dentro del paquete para seccionarme las venas- ¡Hasta pronto!

- ¡Adios Jorge!

- Jaime...

- Eso, perdona. ¡Jaime!

Mientras le contaba a David mi entrevista con Alicia, la pizza Margarita, marca Hiperleches, se tostaba en el grill del microondas, preparándose para convertirse en un perfecto ansiolítico, junto a la acostumbrada empanada.

- ¿Sabes David? Si lo pienso bien, no ha ocurrido nada que no fuera lógico ni esperado. Lo raro hubiera sido que se lanzara a mi cuello recordando lo enamorada que estaba de mí.

- Podría haber sido peor.

- ¿Peor?

- Reconoce que fue amable contigo. Yo no sé cómo hubiera reaccionado.

- Aún tengo dudas de que sepa quien era yo, así que no me jodas...

- ¿No te irás a rendir ahora?

- ¿Tú qué crees?

- Que has tirado la toalla.

- Por supuesto –se hizo un silencio mientras sacaba la pizza del horno.

- ¿Tampoco vas a llevar a cabo mi sueño, Jaime?
- Mañana será otro día.
- No me vas a ayudar, lo sé.
- Ya veremos. Ahora si no te importa quiero ir a cenar.
- Que te veo venir...
- ¡A comer! –para memeces estaba yo

Mock llevaba varios minutos sumido en un suicida bucle informático en el que era aplastado por un tractor acompañado por una risa burlona. Se suponía que debía mejorar su expresión de sorpresa, porque más que ser destruido parecía que sufriera un orgasmo infinito, pero a mí como si se la picaba otro pollo. Aunque había decidido olvidar a Alicia, no lograba centrarme en el trabajo. En aquel momento hubiera dado lo que fuera por cambiar a Mock por Alicia, heredando todo mi poder de programador sobre ella, por supuesto, y manipulando su voluntad a golpe de ratón. Clic aquí, Clic allá.

La oficina estaba en ese momento mágico de creación en el que no se percibía ninguna conversación y en el que los cerebros se calentaban tanto como los ordenadores. En la habitación contigua a la mía el Príncipe compartía una enorme mesa con Mr. Proper, el cachas de la oficina, que había optado por raparse la cabeza para que el cartón fuera algo aparentemente

intencionado. Solían trabajar con la radio de fondo, sintonizando una emisora local que emitían programas tan sugerentes como *Cuando los tigres tienen acné* o *Vinilos parapetados*, que además de servir de cantera a locutores inexpertos del barrio, tenían gustos musicales alejados de las listas oficiales y pinchaban auténticos elepés, con sus saltitos y todo. Cuando entrabas allí y veías a los ordenadores enfrentados con aquellos tipos a los mandos, te preguntabas si nuestro trabajo no afectaría a la mente en años venideros y estaría provocando verdaderas mutaciones en nosotros. Una conversación entre los dos durante el trabajo podía discurrir entre monosílabos y pausas interminables, sin llegar nunca a escucharse realmente. Tantas horas dedicadas a diseñar juegos, hacía que aquella oficina fuera una guardería de niños de treinta y tantos, con sus caprichos y con su estricta gobernante al frente, Marga.

- Príncipe... -dijo al aire Mr. Proper

- ¿Urg? –gruñó el Príncipe sin pestañear

- ¿Café?

- ¿Hum? ¿Café? ¿Qué café?

- Sí, café abajo—los cuatro ojos seguían fijos en los monitores.

- Espera...

- ¿Sí?

- Ya grabo...

- Bien.
- Avisa a Jaime.
- A Jaime...
- Eso.
- Voy.
- Yo ya voy.
- Venga.

Sentados en la mesa de la cafetería, con las miradas perdidas y las cabezas todavía conectadas al ordenador parecíamos tres tipos devueltos de una abducción planetaria. Yo observaba el cartel del menú en el que se anunciaba de segundo plato pollo a las finas hierbas. Imaginé a Mock espatarrado y rodeado de patatas. No era un mal final para la saga.

- Estoy hasta el culo de la vaca –dijo resignado Mr. Proper-. Sigue teniendo la misma cara de estúpida cuando habla. Es como un mal anuncio de quesitos.

- Le pedí a mi madre que me buscara en casa aquel cómic de los Cuatro Ases en el que salían muchas viñetas con vacas –le dije para darle esperanzas-. Lo malo es que suele venir los domingos.

- Yo ya cambié el espantapájaros. Ahora está más cojonudo –dijo sonriente Príncipe.

- Ya te lo dije. Lo de la calabaza no falla.

- ¡Oye Jaime! ¿Qué pasó con la cordera?

- ¿La cordera? Pues allí estará con sus panes.

- ¿Qué cordera? –despertó Mr. Proper de su involución

- Nada, una tía que iba a visitar este ayer. Un rollito de la infancia.

- ¿Y qué tal?

- No sé. No se acordaba de casi nada.

- Es que de jóvenes somos tan patanes –dijo Mr. Proper.

- Además está casada y tiene una hija... -di un mordisco al cruasán empapado en leche.

- ¡Buah! Yo me he tirado a muchas chorvas casadas – añadió mientras se acariciaba la calva-. A veces a las dos, a la madre y a la hija.

- ¿Y a la abuela? –pregunté

- Pero Jaime –dijo Príncipe agarrándome del brazo-, ¿Sabes si está casada?

- Supongo, si tiene una hija...

- Si quieres te explico lo de las florecillas, el polen y la semillita –comentó Mr. Proper como quien no quiere la cosa.

- No soy gilipollas, pero una tía como esta tiene que tener pareja.

- No lo sabes –insistió Príncipe-. A lo mejor no.

- Y aunque lo estuviera, ¡Qué más da! –a Mr. Proper le brilló la calva-. Lo importante es que cambies tu imagen, Jaime.

- ¿Mi imagen? ¿Qué le pasa a mi imagen? –Como si no lo supiera yo mismo

- Debes apuntarte a un gimnasio. Siempre te lo digo.

- Lleva razón –añadió Príncipe-. Además, esa pelambarrera rizada está pasada de moda.

- Un día de estos, un día de estos –intenté cambiar de tema-. Por cierto, creo que habré acabado en diez días.

- Yo también estoy en ello –dijo el Príncipe viéndome venir

- A mí me falta todavía dos semanas. Si me echáis un cable puedo acabar antes.

- Lo digo por preparar lo de Londres.

- Como veas, Jaime. Pero si es así hay que decírselo a Marga para que haga las reservas y llame a Smithers–señaló el Príncipe.

- Nos podíamos ir de sábado a sábado y disfrutar un poco de la ciudad –tenté a mis compañeros.

- Por mí no hay inconveniente si me ayudáis, ya os lo he dicho.

- Pues entonces le decimos a Marga que lo prepare todo.

- Puta madre, tíos.

Cada seis meses viajábamos a Londres para reunirnos con Smithers, el directivo de Wonder Games delegado para nuestra empresa, y aprovechábamos para divertirnos un poco y respirar

la niebla de la capital inglesa. Los tres éramos solteros, con un buen sueldo y sin obligaciones familiares, lo que nos permitía realizar aquellas escapadas asistiendo a conciertos y algún que otro evento relacionado con nuestro trabajo. Lo malo es que por aquel entonces yo tenía a David en casa y no era muy correcto dejarle en la estacada, más ahora que estaba yo preparando su parte del contrato, ante mi desánimo por no poder llevar a cabo la mía. Además, me conocía muy bien y se daría cuenta de que había adelantado el viaje para dejar enfriar lo de Alicia. De todas formas, si había esperado tantos años podía esperar una semana. Durante un momento pasó por mi mente la idea de llevarle, pero enseguida reflexioné y llegué a la conclusión de que mis compañeros no comprenderían su presencia en uno de nuestros viajes que, tradicionalmente, realizábamos los tres solos. Hacía un año y medio que Mr. Proper tuvo una amiguita en vísperas de la escapada y ni siquiera se le pasó por la cabeza traérsela. Las reglas son las reglas. Curiosamente, una vez allí, cada uno iba a su bola y prácticamente sólo nos veíamos en el desayuno.

David lo aceptó a medias. Como ya me imaginaba, puso más objeciones a la interrupción de mis intentos por recuperar a Alicia que a quedarse sólo, a lo cual estaba bastante acostumbrado. Es más, mirándome fijamente a los ojos pareció adivinar que el viaje me haría reflexionar y volver con nuevas energías para seguir con lo nuestro.

Viernes por la tarde. Los autobuses con los cristales empañados, vomitaban su carga ansiosa por quemar la tarjeta de crédito. Cientos de personas se repartían por los semáforos de la zona de Goya, dispuestas a sumergirse en las rebajas y gastar lo ahorrado en una merienda caliente o unas castañas asadas que les entonara. A mí no me apetecía ni churros ni castañas. Yo empanada, a piñón fijo. Ya ni se me repetía por las noches. Había hecho callo en el estómago e incluso provocaba por la noche extraños sueños. Recuerdo uno en particular, que cualquier lector, poco comprensivo con mi situación, calificaría de pesadilla. En aquella fantasía, yo me hallaba tumbado e inmovilizado sobre una rejilla al rojo vivo en la que estaba siendo abrasado. Las fuerzas me abandonaban poco a poco, entre sudor y aroma a carne asada, cuando de repente una luz cegadora me deslumbró a la vez que una ráfaga de aire frío me consolaba. Entonces fue cuando una mano gigantesca, enfundada en un guante de kevlar con estampados, me rescató del horno. Fui colocado sobre un estante de metal para enfriarme poco a poco, olvidando el mal trago. Luego el guante regresó, me situó sobre una mesa de madera y se alejó de allí dejando al descubierto una mano perfecta. La mano de Alicia se posó sobre mí para comprobar mi temperatura, tomó un cuchillo y me seccionó en dos mitades. No sentía dolor, sólo un placer infinito. Luego apartó una de mis mitades y la volvió a cortar. Con la otra mano tomó un cuarto de Jaime y se lo llevó a la boca. Gimió de placer y se congratuló de lo bueno que yo le había salido. Al recordarlo me estremezco todavía.

Analizando sus hábitos de Alicia, me di cuenta que la hora buena era entre las siete y media y las ocho, en la que nadie compraba pan y ella se quedaba ya para cerrar. No puedo decir que la simple transacción que realizáramos fuera de lo más erótico, pero para mí era como una cita diaria. Aquellas manos sostenían el cuchillo con firmeza, no exenta de suavidad y delicadeza, realizando el corte preciso, como el de un cirujano. Aséptico, pero embriagador. Me habría dejado destripar por ella. Con dos huevos.

Pero aquel viernes, por muchas vueltas que di, una amiga la tenía envuelta en su conversación y no la soltaba. Como iban a dar las ocho, opté por rendirme y entrar a realizar mi compra sin más, verle los ojos, asistir al corte de la empanada e irme a casa tan feliz, sin imaginar que aquella noche iba a bullir en la cabeza de David el más increíble plan que jamás había tramado. - ... Que sí, que lo he leído en el periódico, Alicia.

- Pues yo creo que la Bella y la Bestia tiene cuerda para rato. Con todo lo que... ¡Buenas tardes Jaime!

- Buenas tardes –estaba tan guapa que me estremecí-. Aquí estoy.

- ¿Empanada? –asentí- Lo que te decía Inma. Yo hasta que vea el cartel del Fantasma de la Ópera puesto en el teatro, no lo creo.

- Pues créetelo, hija. Por fin vas a verlo.

- Tengo la cinta machacada de tanto escucharla –levantó el cuchillo-. ¿Cuarto?

- Sí, gracias.

- A mi ex no le gustaba. Yo creo que estaba harto de oírla.

- Seguro. Pues nada, así no tendrás que irte hasta Londres para verlo en directo.

- Una cosa no quita la otra –envolvió mi sustento habitual -. No es lo mismo en castellano que en versión original.

- ¡Oye! ¿Sabes que los vaqueros están muy bien de precio ahí al lado? Te lo digo por Claudia.

- Toma –me entregó el paquete y yo le di la cantidad habitual, como si comprara el periódico-. ¡Gracias!

- ¡Hasta mañana! –y me dirigí a la puerta repitiéndome a mí mismo: *ex, ha dicho ex ...*

Aquella noche, mientras recuperaba mi ilusión contándole a David la buena nueva, noté que alguna idea estaba bullendo en su incansable cocorota. Se dio cuenta de que mi presunta huida del escenario de mi tragicomedia podría convertirse en una estupenda oportunidad para dar el golpe definitivo a mis planes de conquista.

- ¿Estás dispuesto a todo por Alicia?

- No sigas, que ya te he dicho que me voy de todas formas –yo continuaba preparando la maleta.

- ¿Te gustan los musicales, Jaime?

- Aquellos en los que no se babea.

- Pues entonces tengo una gran idea.

Gracias a David volvía a soñar.

*...Is it my life, is it my song  
That makes me feel something's wrong?  
You know me well, the tale I tell  
Is only halfway there, 'cause you  
You made me smile when I was down  
And you, you made me happy, being around  
So I'm always gonna sing for you...*

*Song for you-**Barclay James Harvest***

## IV

### **Mi Angel of Music**

Me lo decía David antes de partir. Este viaje no sería como los anteriores. No es igual escaparse a la capital del Támesis con dos crápulas en declive, para confeccionar una minuciosa tesis sobre los garitos y pubs londinenses, que colocar el traje cuidadosamente en la maleta para acudir a una cita amorosa. Eso sí, me inquietaba algo que la interesada no lo supiera pero, bueno, a falta de pan buenas son empanadas.

David me había empujado a cumplir mi sueño de adolescente, preocupándose por igual por mí que por él, sabiendo que si alcanzaba mi objetivo me entregaría por entero al suyo. Pura simetría. Habíamos hablado mucho desde su llegada, especialmente sobre el pasado y el futuro, como si el presente fuera un período tan efímero que siempre llegara tarde. Aquellos días había cambiado hasta las costumbres diarias, ya que no era lo mismo llegar a casa sembrando las botas por el suelo del salón, abandonando el maletín en alguna silla –que no tuviera ropa por gestionar- y saludar puntualmente a la nevera, que encontrarse a tu Pepito Grillo sentado en su trono hojeando algún episodio de Asterix –se comenta que ya se han inventado las neveras inteligentes, ¡por Tutatis!-. Desde que vivía solo, nunca tuve que dar ninguna explicación a nadie sobre mis horarios, pero ahora la presencia de él me obligaba a llevar una vida más reglada que antes. Siempre he creído que el estudiar bachillerato fuera de casa, teniendo que ser responsable con mi ropa y mis comidas desde jovencito, me ha hecho rebelarme en mi independencia contra el orden y las normas. Por eso, al volver en junio con mis padres, mi habitación se transformaba en una coqueta cochiguera contra la que mi madre solía murmurar y mi padre blasfemar en Dios sabe qué dialecto del arameo.

Recuerdo aquellos veranos en Madrid con el internado bien lejos y los libros de bachillerato apilados en mi mesa exhaustos por el curso transcurrido, en los que repartía mi tiempo entre los colegas y la música. En esa primera etapa de mi juventud descubrí el centro de la ciudad, con sus tiendas de

discos y sus bocatas de calamares en los baretos de la Plaza Mayor. Nos gustaba visitar los Sótanos de Gran Vía para devorar las ofertas de Discoplay y manosear aquellos discos de precios casi inalcanzables, pero que adquiriríamos pirateados en cintas a la venta en el Rastro, guardando dinero para alguna chapa cuadrada –aquellas entrañables abuelas de los pines- en el puesto de Mario Scasso y algún complemento en Mari-Huana para que fuéramos más esponjosamente duros. Recordándonos en la distancia, con nuestras camisetas negras, nuestros vaqueros desgastados y aquellas playeras de autor anónimo alicantino, comprendo que no nos comiéramos ninguna rosca – en mi caso, metafóricamente hablando-. Hoy en día, ni Los Sótanos ni el propio Rastro son lo que eran. Tampoco nosotros. Por eso, cuando llego a Londres en fin de semana, lo primero que hago es ponerme ropa cómoda y perderme por Camden Marquet, para dar un paseo por mi adolescencia. Lo que más me gusta de ese mercado –aparte de que sus tiendas no son proveedores de la Casa Real- es llegar en mi barquito surcando el canal desde la Pequeña Venecia, pasando bajo sus puentes en las inmediaciones de Regent´s Park; pero como en aquella mañana invernal no estaba el tiempo para romanticismos al aire libre, decidí acudir en bus.

Muchos de las especies humanas que circulaban por las calles y los pasajes de Candem me habrían hecho cruzar la calle con la mano en la cartera si me topara con ellos en otro lugar. En aquella jungla, los que íbamos con nuestro plumas y sin más originalidad que nuestra curiosidad exagerada por cada rinconcito o tienda que nos llamara la atención, éramos la nota

discordante. Los complementos, la ropa y la música constituían un mercadillo mucho más atrevido y rompedor que nuestro Rastro madrileño. El aroma a cuero, incienso, comida china y fish&chips bastaba para dejarme atrapado en aquel ecosistema que respiraba vida propia. Siempre me ha sorprendido sentirme tan libre en la capital del conservadurismo. En Londres están vigentes pocas reglas sociales, pero desde el principio aprendes a cumplirlas para así poder administrar tu parcela de individualidad. Si cuarenta ejecutivos se reunieran en el Retiro con sus trajes y maletines a comer en un rincón de hierba, seguro que algún municipal llamaría a la central para preguntar si la performance del parque estaba autorizada.

Me sentía raro, por no llevar más peircing que mi Casio sumergible, entre aquellos prodigios humanos escapados de algún casting de Cats, pero me consolé viendo a un japonés - Sony en mano- retratando a unos punkies que llevaban más cables encima que la propia cámara y cuyos ojos parecían preguntarse si el pobre oriental era comestible con un poquito de arroz. Efectivamente. Londres era una ciudad de contrastes.

Un clásico autobús de dos pisos pasó junto a mí, anunciando el musical “The Phantom of the Opera”, y la tranquilidad de mi paseo se tornó inquietud. Recordé, días antes en la oficina, la cara de Marga cuando le hice un segundo encargo relacionado con el viaje que, aunque no le di muchas explicaciones, es de suponer que pudo asociar con la búsqueda de Alicia. Marga nos quería a todos y eso se notaba en especial

cuando nos regañaba o nos metía prisa con algún plazo o trámite. Detrás de la primera capa de mujer eficiente y gruñona, se adivinaba una segunda muy capaz de intuir las miserias y tristezas humanas, que en mi caso se concretaban en la insatisfacción con mi vida. Consejos para acudir a un gimnasio, como los de Mr. Proper, eran adecuados para aquellas personas que tenían un ligero sobrepeso eventual o se habían descuidado con la ingestión pantagruélica de las fiestas de Navidad. Marga se daba cuenta de que lo mío era algo estructural que corregiría algún endocrino a costa de mi parcelita de felicidad; por eso se esforzaba en parchear mis sentimientos, cuyo hábitat tenía muchas más fugas que mi reserva adiposa. De ahí que Marga me sonriera maternalmente y no pusiera objeción a resolver mis marrones. Es más, aportó la idea de mi propia presencia en el lugar del crimen, a cierta distancia, viendo sin ser visto, como si lo que mis ojos fueran a ver no lo intuyera ya mi imaginación. La clave estaba en saber si Alicia acudiría a la cita, para lo cual Marga se las ingenió comprando una barra de pan a la salida del trabajo y preguntando a la dependienta por ella. Así pudo saber que estaba de viaje y deducir que aquel día probablemente estuviera yo más cerca de Alicia que la propia Marga. Su llamada al móvil para darme la buena nueva disparó todas las alarmas de mi estabilidad emocional aquella mañana de invierno londinense.

Transcurrido el tiempo supe lo que pasó por la cabeza de Alicia cuando recibió el sobre con la nota, el billete, la reserva del hotel y la entrada del teatro: “...*Durmiendo me cantó, en*

*sueños fue... mi nombre pronunció, yo lo escuché... ¿Y si estoy soñando y veo por fin? Fantasma de la Ópera aquí estás dentro de mí. Vive tu sueño. Firmado, Tu fantasma*". Al principio creyó que era una broma de Inma, pero después de fijarse en el contenido del sobre se dio cuenta de que todo era real. Toda la noche con las neuronas en la turmix preguntándose si alguien de su entorno sería capaz de algo así, incluso por un instante pensó si sería prudente desconfiar de tanta filantropía. Ya se sabe la cantidad de degenerados que pueden andar sueltos por una ciudad como Madrid. Yo soy uno de esos degenerados vocacionales cuya maldad saldría por cada poro de mi piel si no estuvieran estos embutidos por mi ética de peluche. Así pues, a pesar de su instintiva prudencia, triunfó la ilusión que transmitía el "Vive tu sueño" de la carta. Era como si realmente un fantasma la hubiera estado observando con el fin de hacerla feliz, y aquello parecía perversamente romántico. Alicia no recordaba haber disfrutado plenamente ni un solo fin de semana desde la separación de José María. Ni siquiera las escapadas que hacía en verano, dejando a Claudia con sus padres, habían mitigado esa desilusión que sentía desde el fracaso de su matrimonio. Había amado profundamente a José María, tanto que le perdonó su indiferencia por no animarla a crecer, más allá de ser señora de cual. Aceptó ser la esposa del ilustre abogado, el florero cumplidor y abnegado capaz de consolarle con sus palabras cuando venía echando pestes cerca de la medianoche después de alguna cena de trabajo. Supo entregarse a aquella hija maravillosa, sabiendo que la parte desagradecida de su educación

le correspondía a ella, que siempre vendría papá a premiarle las notas con una bicicleta, mientras ella se fajaba con los frailes para intentar reconducir la actitud hacia el estudio de Claudia. Creó un hogar seguro y feliz, donde ningún hombre en su sano juicio podría ser desgraciado, renunciando para ello a ejercer sus estudios de derecho, cuyo título era contemporáneo al libro de familia. Por eso, sintió que era una extraña la que le dijo a su marido aquella noche que si ya no la quería como antes mejor sería que se fuera con la fulana esa de las cenas y que la dejara a ella rehacer su vida, o mejor dicho, comenzarla. Desde que sintió aquel abismo bajo sus pies hasta que sacó adelante la panadería con el tiempo suficiente para acometer una carrera de económicas por la UNED y ver crecer a Claudia, habían transcurrido tres largos años de sacrificio y desarraigo emocional.

Mr. Proper me aguardaba en la puerta de Harrod's, con un abrigo negro que le cubría todo el cuerpo dejando visibles las botas militares y la reluciente cabeza. Alguna dama lo observaba con prevención como si fuera a sacar una recortada –o algo más fálico todavía- y liarse a tiros con todo quisqui. Habíamos quedado en vernos después de comer para comprar alguna cosilla para nuestras respectivas... madres.

Al entrar en los almacenes, parecíamos salidos de un casting de Alex de la Iglesia. Tanto era así que me pareció que el

tipo de seguridad del hall se comunicó por el pinganillo con el resto de los seguratas, algo así como *Laurel and Hardy in principal entrance*. Aquella tienda era como si el Corte Inglés se hubiera trasladado al Palacio Real mientras se reformaba el edificio. Las vidrieras, lámparas y demás barroquismos dorados eduardianos acosaban a la clientela, la cual temía tocar algún objeto por aquello de no dejar los dedazos marcados y que algún mayordomo oculto le pasara un paño acompañado de una mirada reprochadora, pero cortés.

- ¿Qué te parece esta latita de té? –preguntó Mr. Proper sosteniendo un envase con forma de cabina londinense cuya autoestima sería similar a la de un Naranjito lleno de gominolas en el Mundial´82

- ¿Tú madre toma té?

- Toma manzanilla amarga.

- No creo que sea lo mismo. Aunque el té también tiene que ver con las plantas hervidas y toda esa bazofia.

- Mi madre no notaría la diferencia. Un día se me acabó y le herví maría con orégano y no le sentó mal. Es más, se partió el culo viendo el telediario.

- ¿Y esta verde? –Le mostré una caja más discreta- La puede usar para meter los pendientes y demás quincallería.

- ¿Qué coño lleva eso dentro?

- Está precintada, pero pone *biscuits*.

- No los podrá tomar en infusión, pero la caja mola un mazo, ¿no crees?

- Sí, pero vale un huevo tío.

- A mi madre le gustará y me queda el otro huevo. Bueno. ¿Y tú?

- Le prometí un bolsito.

- Eso es más arriba. Me temo que volveremos a pasar por el mausoleo de Lady Di.

- ¡No jodas! Pues venga, paga eso que aún tengo que ir a Hamley's a comprar un juguete.

- ¿Para ti? Son mejores los Sex-Shops. Hay más variedad en muñeca y complementos.

- Es para un colega –era para David-, uno de esos freaks que coleccionan figuritas.

- Sí, mariconadas de esas. Si no te importa yo me quedo en HMV a ver si pilló alguna oferta de música.

- Bueno. Pero antes vamos a por el bolso.

- Putas rebajas.

- Putas –y nos fuimos arrastrando nuestras bolsas por aquella bombonera gigante.

Lo que más me gustaba de las visitas semestrales a Wonder Games era observar a los sesudos ejecutivos cuando

---

conocían las novedades de su empresa, contemplando sus expresiones ante el desfile de imágenes surrealistas que proyectaba el cañón sobre la pantalla. Alrededor de la mesa de reuniones del despacho de Smithers, nos aguardaba un público exigente cuyos gruñidos, muecas y comentarios en voz baja nos podían causar bastantes horas de trabajo si no les agradaba el producto. Mr. Proper, Príncipe y yo éramos buenos en nuestro oficio, pero no teníamos ni la imagen ni la labia de un buen comercial; así que era Smithers el encargado de presentar el juego. Aquello tenía su encanto. Mientras ellos bebían su té, Mock les guiñaba un ojo desde su granja revolucionada, quizás para hacerles comprender que todo aquel despliegue de efectos especiales tenía hasta mensaje oculto. Como fiel admirador de Alfred Hitchcock, me gustaba colocar algún rasgo mío entre los variopintos personajes de mi obra, lo cual explicaba el porqué Mock se topaba con una empanada recién hecha en el alféizar de una ventana y la birlaba escapando por las plumas de la escoba vengativa.

Al finalizar la reunión, recibimos la felicitación cortés del equipo habitual y salimos a Cannon Street contentos por haber superado el visto bueno de trámite y disponer de dos días todavía para perdernos por la ciudad. Así que fuimos juntos a un pub para brindar por el nuevo éxito y por nuestro intrépido pollo.

- Somos buenos de cojones –dijo entusiasmado Príncipe-.  
¿Viste la cara de la Williams al ver que las vidas aparecían en forma de huevos?

- A esa le emocionan hasta los Kinder sorpresa si llevan un consolador para pitufos dentro—respondió Mr. Proper con su habitual delicadeza.

- Sí, pero ya habéis oído a Smithers —añadí-. Nos anima a preparar el proyecto de Egipto. Ese no podemos hacerlo solos. Hace falta algún asesor. Mi única experiencia con momias son los primeros de mes cuando viene mi casera.

-Vale Jaime, pero hoy toca disfrutar —respondió Príncipe-. ¿Qué hacemos esta noche?

- Yo esta noche no puedo quedar —dije esperando las lógicas preguntas de mis amigos.

- ¿No puedes? —Mr. Proper me escudriñó con la cara del que analiza el puré de verduras de un menú turístico.

- Tengo una cita... Bueno —mis colegas abrieron los ojos desmesuradamente-, más o menos. Nada importante.

- ¿Más o menos? ¡Espera Jaime! —Príncipe me agarró el brazo como si fuera una máquina tragaperras que no suelta el premio- Si quieres salir del Pub para ir a tu cita nos tienes que contar qué o quién te espera esta noche.

- Eso, Jaimito. Que yo siempre cuento, ¿eh? Y no sientas vergüenza si la cita es con una gallina. Somos tolerantes, ¿no es así, Felipe?

- Voy a un musical con una amiga de mi madre que anda por aquí. Ya sabéis, compromisos familiares y demás pollas en vinagre. Nada importante.

- ¡Joder! –exclamó Príncipe- Pensaba que te habías ligado a la Williams. ¡Qué susto!

- No me gusta el sado.

- Pues si no vienes, peor para ti. Pensábamos visitar el Crockers esta noche.

- Este verano os acompaño, no os preocupéis. ¿Pedimos otras tres *browns*?

- Si las pagas tú.

- ¿Y qué vais a ver? –preguntó cortésmente Príncipe

- El Fantasma de la Ópera.

- Creo que es de miedo –me anunció Mr. Proper-. De esas que hacen a las mujeres agarrarse a los tíos. ¿Está soltera?

- Siempre que venimos la veo anunciada. Debe ser bastante buena. Podíamos ir contigo...

- En el próximo viaje, ¿vale?

- No sé, Jaime, creo que nos ocultas algo –el Príncipe era difícil de engañar.

- Eso creo yo. Seguro que no has traído pelas para invitarnos.

No soy hombre de trajes. Para empezar, sólo en el Corte Inglés puedo encontrar algo que me quede bien, si es que no lo quiero a medida. Luego está lo de la corbata, que obstruye la

única vía de ventilación posible de mi cuerpo. Tampoco puedo llevar camisas que no sean blancas para que el sudor no me delate. Total, que reservo esta prenda para bodas y reuniones con Wonder Games. Pero aquella noche era especial y no era cuestión de acudir a la cita más romántica que había tenido desde que mi abuela me llevó a ver La Dama y el Vagabundo. Sin embargo, las personas que bajaban por Haymarquet Street no parecían percatarse de que el mismo fantasma en persona acudía a su cita con su amada en un elegante *black cab* –mi presupuesto no incluía limusina.

El coqueto Her Majesty's aguardaba mi entrada con sus negros carteles colgantes, como si fuera un teatro verdaderamente encantado, como otros muchos de Londres. En la entrada, junto a la taquilla, algunas personas esperaban mirando atentamente su reloj mientras revisaban una vez más sus tickets y conversaban con sus acompañantes. Procuré averiguar cual sería la puerta que se abriría primero, por aquello de controlar la llegada y los movimientos de mi invitada sin ser visto, y estuve acertado al ser el primero en bajar las escaleras en dirección al interior. Existe una bonita costumbre en Londres que consiste en pagar y reservar las bebidas para el descanso, así que me apunté a la tradición para seguir engordando mi emoción por asistir a un musical londinense con tan buena compañía. Lo malo era que aquel bar era algo pequeño y Alicia me podría ver, por lo que debía elegir uno de los recovecos procurados por los pasillos para parapetarme frente a la entrada del público.

Quince minutos antes de la función entró Alicia en el bar, con un elegante vestido color negro de una pieza, adornado con un fino colgante de cadena, que no brillaba menos que su sonrisa ilusionada. Como esperaba, sus ojos recorrían los rostros de todos los presentes buscando alguna cara conocida que pudiera esconderse tras la careta de su fantasma, sin imaginar que él mismo la observaba a pocos metros de allí. Dirigió sus pasos hacia la puerta lateral del patio de butacas, con su programa en la mano –se había comprado la edición grande-, casi abrazándolo sobre su corazón desbocado por la emoción. Un apuesto acomodador, con media melena corta y con unas gafas que le daban cierto aire intelectual, la condujo a su asiento en la octava fila. Mientras, yo me acerqué a mi sitio tres filas más atrás pero a muchas butacas de diferencia.

Formé una práctica barricada con mi abrigo y la pude contemplar, como una gatita acurrucada en su asiento memorizando cada detalle del teatro, en aquella soledad no exenta de calor, esperando que una sombra embozada la envolviera con su capa. Era hermoso formar parte de la obra misma, tener uno de los papeles principales y esperar que una mano amiga te aupara al escenario.

Cuando se abrió el telón, las cabezas que se interponían entre nosotros sólo me permitían otear parte de su pelo y –no podía ser de otra manera- su nariz. ¿Qué opinaría Freud de mi debilidad por aquel sencillo apéndice? Mi oreja no había vuelto a sentir nada igual. Dicen los sexólogos que la primera vez te marca para toda la vida. Supongo que será verdad.

La primera escena del musical mostraba una especie de almacén de principio de siglo veinte con cajas numeradas y enseres embalados entre capas de polvo que hablaban sobre el paso del tiempo, el abandono y la soledad. Tras una breve subasta de aquellos enseres del Teatro de París, entre los que había un mico –no puedo afinar más en mi descripción porque mi inglés es bastante técnico-, una gigantesca lámpara –el lote 666- se levantaba desde el suelo del escenario y se izaba hacia al techo, con una poderosa música de órgano que inundó la atmósfera de emoción y misterio. Reconozco que se me puso la piel de pollo. Aquella lámpara caería con estrépito más tarde, esta vez hacia el telón, al finalizar el primer acto. Aquella portentosa forma de anunciar el descanso –más impresionante que escuchar el *Visite nuestro bar* de los Hombres G- fue aprovechada por Alicia para retirarse momentáneamente y dejarme el camino libre para perpetrar mi segunda parte del plan. Me acerqué a un acomodador con una libra en la mano, y la rosa en la otra, y le di las instrucciones precisas: - Flover on sit namber for, fail tu –es decir, flor en el asiento cuatro fila dos.

- Excuse me, sir. What...?

- Floover guerl on dat siiit namber four, fail tuu –no entendía mi inglés comanche-. Déjelo, is de seim –mis nervios habían aniquilado mi inglés más elemental.

Avancé hacia mi meta mirando en todas direcciones por si era observado y me senté justo detrás de su butaca. Me agaché como si me hubiera encontrado un penny y deslicé la rosa bajo

su sitio, sin que se percataran sus vecinos de fila de la maniobra, y regresé muy ufano a mi guarida.

Lástima que la entrada de toda la gente que estaba en el bar justo antes del comienzo del segundo acto me privara de verla descubrir aquella rosa entre sus piernas, pero debió ser un momento emocionante.

¿El resto de la velada? Esta vez yo salí en mitad de los aplausos para no ser descubierto, por lo que no volví a verla en Londres. Me fui directamente a Trafalgar Square a pillar un autobús nocturno que me dejara en el hotel.

Era el cobarde más feliz de Londres.

*..Finding words, finding the nerve  
But never finding her alone  
My heart's like sand she holds in her hands  
One look, one smile, and I'd be there  
But this teenage heart's driving me insane  
The moment that we touch will ease my pain  
Who holds her hand, holds her heart  
So they say...*

*Teenage heart-**Barclay James Harvest***

## V

### **El Día de los Enamorados**

La principal consecuencia de mi cita con Alicia en Londres fue el alcanzar la madurez en nuestra relación: dejé de comprar empanada. Afronté con decisión mi nuevo plan y comencé a comprar ensaimadas, bizcochos y pan integral, de repente, para impresionarla, como quien no quiere la cosa –a testículo fijo-. Aquello la turbó ligeramente y, aunque la descolocó los primeros días, noté enseguida que también a ella le gustaba experimentar cosas nuevas –y parecía una

mosquita muerta-. Sin embargo, David no aprobaba mi nueva estrategia, como delataban sus preocupados ojos cuando yo me entregaba a aquellas orgías de harina, azúcar y otros invitados que acudían puntualmente a recrear el Kama-Sutra montándose en mi estómago. ¿Qué esperaba? Podría haberme acercado una tarde a la tienda y confesarle que yo era el fantasma que buscaba, pero aquello probablemente rompería el sueño que había mitificado días atrás en Londres. Un observador imparcial me habría calificado de espectro más que inquietante.

Sin embargo, también ella había cambiado su actitud hacia mí. Quizás mi recién estrenada estrategia -más agresiva- le había hecho fijarse más en mí cuando llenaba la tienda con mi presencia, y por eso ya era habitual que nuestras conversaciones fueran más extensas y fluidas: - Hoy tenemos un buen día de sol, ¿verdad Alicia? –ella asintió mientras me preparaba un cartucho de palmeritas- Eso debe ser bueno para el trigo, ¿no?

- Supongo que sí. Toma. Doscientas.

- Espero que tengas un buen día –ella me miraba con curiosidad.

- Como todos...

- Mi pollita Mock va a salir a la venta en mayo.

- ¿Tu pollita, qué?

- ¡No! –se me subió el pavo delante de la pava- Mi pollito. Quería decir mi pollito –horror, terror, pavor y espanto-. Es un juego de ordenador. Soy programador, ¿sabes? –ahí queda eso- Diseño juegos infantiles y esas cosas.

- ¿Haces juegos? Mi hija lleva dándome la vara con que le compre la videoconsola, pero a mí me parece que es poco educativo.

- Hay juegos y juegos. Si se la compras yo te puedo dar algunos muy apropiados según la edad.

- Gracias. Lo tendré en cuenta. ¡Buenos días! –y se centró en otro cliente

Ya conocía parte de mi vida e incluso me había hablado de su hija, lo cual significaba una mayor confianza entre nosotros, opinión que no compartía David con su usual análisis pragmático de la situación: - No quiero desanimarte, pero no te ha dicho nada que no le dijera al cartero o al chico del súper. Piensa un poco. Lo del fantasma fue un buen golpe, de veras, pero su eco se está apagando. Creo que hay que hacer algo más, otra vuelta de tuerca para que ella sepa que vas en serio.

- ¿Se te ocurre algo?

- Para empezar, y me cuesta decírtelo, no creo que te asocie con el viaje a Londres.

- No me vio, seguro –dije orgulloso.

- Pues tendrás que hablarle de tus viajes a Londres.

- Bueno, si sale el tema...
- ¡Ah! Por cierto, ¿Sabes que día es el miércoles?
- Espera. Doce, trece catorce... ¡Catorce!
- San Valentín.
- Ella se llama Alicia, David.
- No mendrugo. San Valentín es el día de los enamorados.
- ¡Es verdad!
- Ese día el fantasma debe regresar, Jaime.

David llevaba razón. Había que coger al toro –a la vaca– por los cuernos. Como siempre mi sufrida Marga tiró de listín telefónico y dedicación para proporcionarme un par de direcciones donde adquirir mi atrezzo para el gran día. El regreso del fantasma. ¡Colosal!

Por la tarde fui a un conocido comercio de la Plaza Mayor donde pude comprar una capa negra, la más barata y apañada que pude elegir dentro de mi menguante reserva económica, que después del último viaje había sido presa del furor de mi Visa. Junto a la calle Toledo hallé la máscara que buscaba. Bueno, no exactamente. La que yo encontré me estaba algo pequeña, pero es que mi cabeza es mi cabeza. Los zapatos negros del traje me vinieron ni que pintados y el

chaleco de mi abuelo que yo solía taladrar con algún pin del Capitán Haddock daría el pego con un buen cepillado. Con todo mi arsenal desperdigado sobre mi cama bajo la dirección artística de David comencé a transformarme en el verdadero Fantasma de la Ópera. Incluso la cadena de mi cisterna se aupó a mi disfraz para simular que era un hermoso reloj de bolsillo.

Como si del verdadero fantasma se tratara ante su primera misión espectral, me dirigí temeroso al espejo -que afortunadamente no era el de Blancanieves y no se podía descojonar de risa- para recrearme ante mi majestuosa imagen. David, imperturbable y orgulloso de su obra, me admiraba en silencio, yo diría que casi emocionado. Sin embargo, mi reflejo de aquella guisa se parecía más a un gran moscardón o a un murciélago vicioso que al elegante habitante de la Ópera de París.

- No sé David. Es como si fuera uno de esos insectos negros de la Abeja Maya que tiene un problema, y de los profundos.

- ¡Qué va! Seguro que la impresionas.

- De eso no me cabe la menor duda.

- ¡Venga! Quítate todo eso no lo vayas a estropear.

- No notaría la diferencia.

- Pero mira que eres cenizo, Jaime.

Catorce de febrero. Día de San Valentín. En esa fecha es fácil ver a los hombres acomplejados con sus ramos de flores, semiocultos por las gabardinas mirando a derecha e izquierda, por si se fueran a topar con algún colega guasón del sufrido gremio XY, y la última Guía del Ocio para husmear en esas secciones poco frecuentadas en sus planes de fin de semana. Mientras, ellas se arremolinarán en corrillos nerviosas por lo que vendrá y no vendrá. En las oficinas de mayoría femenina se respiraría un clima de tensión y competición alimentado por conversaciones sobre lo que serían capaces de hacer sus respectivos en un alarde de imaginación que les sumerge en los más belicosos y hurraños océanos dispuestos a naufragar en mares de risas ante su incompetencia en floristerías, perfumerías, bombonerías y –a años luz de distancia- tiendas de ropa interior. No hay nada más indefenso y adorable que un pobre varón intentando elegir un modelito que no parezca prestado ni de Heidi ni del Marqués de Sade, con un precio que no te cree una impotencia temporal –a prueba de viágras-, y cuya talla se aproxime lo más posible al continente de la compañera, que por muy recorrido y medido que lo tengas nunca sabrás describir a la divertida dependienta –porque siempre son mujeres- las dimensiones anatómicas de la costilla sin usar ciertos vulgarismos que –mire usted por donde- son más aceptables en boca de un Nobel que en la de un asustado cliente. ¡Manda gónadas!

Así que, en ese día de masculinidad caída, yo era uno de esos seres indefensos que dispuestos a enfrentarse a la cruda realidad, con el espantoso añadido del disfraz de moscardón. Para colmo era un día que convenía revisar el correo electrónico por si caía algún virus escondido en alguna pastelera felicitación: - ...Yo sí he recibido un mensaje de amor –clavamos nuestros ojos en el Príncipe-, pero luego resultó ser un virus. Además, la verdad es que me extrañó desde el principio que Smithers se me declarara con un emilio.

- Pues no sé que decirte –intervino Mr. Proper-, yo siempre he creído que le daba al pescado –dio un sorbo al café.

- ¿Y tú, Jaime? –el Príncipe guiñó un ojo al otro como si yo fuera tonto

- ¿Yo? ¿Yo qué?

- Que si recibiste algún mensaje.

- Sí hombre, uno de tu madre esta mañana.

- ¡Venga no te enfades!

- Mire usted por donde, hoy tengo una cita.

- ¿Con la del pan?

- Pues sí.

- Nos la tienes que presentar –dijo Mr. Proper-. Que la tienes muy escondida. La mercancía a la vista de todos.

- Es una gran chica, pero sólo somos amigos.

- Buenos amigos, buenos polvos –algún día habría que inventar la sacarina de bromuro y experimentarla en Mr. Proper-. ¿Te la tiras?

- ¡No hombre, no! Voy en serio, de verdad.

- Te creo –me apoyó Príncipe-. No hagas caso a este bruto. Pues ya nos contarás como te va.

- Eso. Que a tu edad ya es hora de que descanse la mano –Príncipe y yo le miramos con severidad-. ¡Joder tíos! Parece que tuvierais la pitopausia.

20:12 horas. Comienzo de la operación. Paré un taxi en una calle próxima a mi casa, uno de esos coches del este de Europa que resultan apañaditos para quemarlos por el tráfico de Madrid reservando dinero para el Seat de los domingos.

- ¡Buenas tardes! –la capa me estorbaba para todo, por lo que rezaba para que no me viniera ningún apretón

- Buenas jefe. ¿Dónde vamos?

- A Conde de Peñalver, a la altura de Hermosilla –alguien nos pitó de forma simultánea a mis recientes indicaciones.

- ¡Cago tus muertos! ¿Qué pasa? ¿No ves que estoy cargando? –ni que yo fuera un fardo

- El tráfico de Madrid ya se sabe –dije para ponerme de su lado-...

- Es que hay mucho niñato al volante –el niñato volvió a pitarnos al adelantarnos-. Hostia puta –negó con la cabeza como si no estuviera acostumbrado a la jungla de Madrid-. ¿Dónde dice que íbamos?

- A Conde de Peñalver a la altura de Hermosilla. Donde está el supermercado.

- Bien –me volvió a mirar por el espejo-. Usted debe ser de la cofradía del Entierro de la Sardina, ¿a qué sí?

- Hombre yo –si había cogido un taxi con mi oscura indumentaria era para aguantar sólo al taxista, no a todo un vagón del metro-... Ya sabe, los ensayos para carnaval.

- ¡Carnaval! A mí también me va eso de la carne, y eso que he estudiado con los jesuitas. ¿Le molesta la música? – Radio Olé surgía por todas las rendijas, pero negué con la cabeza ya que el trayecto era corto- ¿No? Pues lo que le decía, más de una vez me he pasado por la Casa de Campo para pillar cacho, ya sabe. Por eso admiro mucho a los que organizan eso del carnaval.

- Pues anímese hombre, que hace falta mucha gente.

- ¿En serio? A mí lo que me van son las brasileñas que bailan samba y... Bueno, también las que juegan al voley en la playa. Una vez se me subieron en Barajas un par de ellas de

correrse patas abajo –se acarició la calva-. ¡No les cobré las maletas!

- Un detalle –cortamos el paso a un inocente ciclomotor por mi derecha que prosiguió su trayectoria en zigzag.

- Pues ni así. Un par de estrechas –cada vez se volvía más hacia mí alejando los ojos del presunto campo de visión-, no como las que salen por la tele –ahora tocó él el claxon-. ¡La doble fila! Para pagar multas si que se dan prisa, pero para arrancar la grúa...

- Es que hoy es San Valentín y la gente apura sus compras.

- Ya, y cuando es Navidad la excusa de los regalos –el Fary comenzó un singular ataque desde la radio que llegó muy hondo a mi chófer-. ¡Ay torito, torito bravo! Este tío es del gremio, ¿sabe usted? Ahí está el supermercado. ¿Le viene bien aquí?

-Sí. ¿Qué le debo?

- Trescientas quince –le di trescientas veinticinco por lo del Fary-. ¡Hasta luego!

- Adiós. Que disfrute con las brasileñas.

Me encontraba frente al número quince, un antiguo portal con azulejos muy cercano al Champion. No había demasiada gente por la acera, salvo al otro lado de la calle, donde la carcasa del Cine Salamanca anunciaba la presencia de unos

conocidos almacenes de ropa en su interior. Luego dicen de los okupas.

20:23 horas. Llegó el momento. En una bolsa de plástico aguardaban la máscara y la rosa, mis presuntas armas valentinas para procurar acariciar un poco más el corazón de mi amada. Pasé junto a la puerta y pude comprobar la ausencia de público en aquel instante, así que me cobijé en el portal número nueve y me dispuse a colocarme la máscara. Sudaba. Temblaba. Me estaba descomponiendo vivo. Creo que no noté el pinchazo de la rosa porque tenía la mano dormida de puro terror, pero mi empeño era muy superior a mi pánico. Metí la bolsa vacía en el bolsillo de la chaqueta y penetré en la tienda. Mierda. No había nadie. En aquel momento hubiese jurado que acababa de ver la silueta de Alicia cuando había pasado un par de minutos antes. Agudicé mis sentidos –aquellos que no se estaban apuntando al inminente ataque de pánico- y sentí su aterciopelada voz en la oficina, posiblemente atendiendo una llamada. A la derecha mi risible imagen me saludaba desde un espejo que decoraba la pared, concediéndome el favor de mostrarme la viva estampa de la desolación ante mi sensación de ser un perfecto imbécil vestido de carnaval –no hay nada como el ojo clínico de un “pelas” al volante cuando sube a su coche a un cliente-. Quizás el teléfono había sido una señal del destino para que emprendiera una honrosa huida ante el mayor ridículo de mi dilatada carrera. Pero entonces pasó lo que pasó. Aquella pobre anciana tenía derecho a comprar unas magdalenas sin

que un enorme fantasma vestido de negro, sudoroso y con una gota de sangre brotándole de uno de los dedos –la infame rosa- se interpusiera en su camino. Su primer grito me paró el corazón. El segundo me puso la carne de gallina. ¿Cómo era posible que aquel cuerpecillo desgarrado y decrepito albergara los pulmones del joven Pavarotti? Alicia salió corriendo de su oficina con los segundos justos para ver a Doña Asunción dispuesta a hacer honor a su nombre y al gran moscardón saliendo a toda pastilla por la puerta, dejándose en su huida la rosa medio espachurrada. Por fin tenía tablas para robar en un banco. ¡Genial! Corrí, corrí, sin saber hacia donde, apestando a vergüenza y fracaso ante la mirada de los sorprendidos transeúntes. ¿Taxis? No gracias. ¿Autobús? Un escaparate móvil. Así que esquivé a todo ser vivo que pululara por la acera hasta meterme en el metro, con la capa girada sobre mi pecho como si fuera la madre viuda de todos los baberos y la máscara dada la vuelta de forma que mi nuca miraba amenazante a todo aquel que osara fijar en mí su curiosidad. El abono de transportes estaría en el limbo de mi habitación y el monedero navegando por mi disfraz –si es que no lo había perdido en la huida-, por lo que opté por colarme por mi blanquecina jeta, tan rápido que ni la taquillera tuvo tiempo de levantar la vista del crucigrama.

Me subí al primer metro que abrió sus puertas cobijándome con su maternal calorcete en mi estampida. Ni un asiento libre. Mejor. Cuanta más gente hubiera más desapercibido pasaría. Olía a humanidad bañada en perfumes

recién estrenados. Lo primero que hice fue intentar dominar mi respiración para que tantos resoplidos no se convirtieran en definitiva expiración, pero mi corazón me indicaba a patadas que le prestara algo de atención -no podía estar en todo-. Agarré la máscara por la napia y la introduje en la bolsa con nula delicadeza y dirigiéndole una cruel –e injusta- mirada de odio.

Velázquez. Estupendo. Iba en la línea cuatro pero en sentido contrario al esperado. Por lo menos debía confiar en el Samur y su eficacia, porque si había matado a la vieja de un infarto pasaría a la historia como el mayor Psycho-Killer –volumétricamente hablando- de la historia de Madrid. Cualquiera que me viera chupando mi dedo herido no podría adivinar que se encontraba ante un terrible asesino. Mientras procuraba recordar si en España disfrutábamos de pena de muerte, una pareja de tórtolos dejaron a un lado su boca a boca para observarme divertidos, fijando su cachondeo en mi zona abdominal donde la cadena del water que hacía las funciones de reloj de bolsillo colgaba esplendorosamente a la altura de mi entrepierna. ¡Bravo! Había alcanzado el sótano más inmundo en una hipotética escala de patetismo.

Aunque era improbable que Alicia imaginara que el autor de la escenita de San Valentín hubiese sido yo, opté por no volver a pisar Licia hasta que esta cambiara de dueña –decir

para siempre era renunciar a mis orgías de pasteles-. Estaba claro que intentar conquistar a una mujer tan maravillosa era como pedirle al equipo de fútbol sala de mi barrio que ganara la Copa de Europa. Lo había intentado, por segunda vez en toda mi vida, y eso me hacía sentir el orgullo personal necesario para sólo encontrarme semihundido moralmente. David también parecía resignarse a mi suerte mientras escuchaba mi escalofriante relato, una historia de San Valentín que parecía sacada de un especial de los Simpson en Halloween. Ya tenía edad suficiente para dejar de perseguir a la misma mujer con veinte años de diferencia. Sentado en mi sillón, con mi vaso de Cola-Cao en una mano –siempre he creído que es el mejor método para aproximarse de nuevo al útero materno- y el mando a distancia en la otra, procuré restablecer la estabilidad emocional que la llegada de David había desmoronado. Cuando pasas de los treinta tomas conciencia de la que puede ser tu trayectoria en la vida. Yo tenía claro desde hacía un par de años que mis mejores relaciones eran las que tenían que ver con mi amor propio –en el sentido literal de la expresión- y que cualquier otra incursión en terrenos afectivos solía acabar de forma desastrosa.

David seguía en el despacho, frente al ordenador, meditando una respuesta a mi pequeña crisis personal de la que inevitablemente se sentía causante. Además, era lo suficientemente listo como para intuir mi desinterés por meterme en el otro berenjenal, es decir, su parte del contrato.

El sábado por la tarde me quedé en casa rumiando mi tristeza y compadeciéndome de mí mismo por ser como soy, llevando a cabo un proceso de absorción de energía negativa que impedía que ningún ser, o ente, pudiera arrimarse a mí sin recibir una descarga de sopotocientos voltios. Así transcurrió aquella tarde en la que mi único sustento fue una enorme y ansiolítica bolsa de Cheetos cuyo olor –y color- iba cubriendo mi ser enganchado al televisor -creo haber visto algo parecido en la película *El Muro*-. Mi proceso de desintoxicación hormonal y sentimental avanzaba sin remedio, pero de forma efectiva, hacia la noche. Si aquello hubiera ido a más y me hubiera visto delante de un juez por masacre pública, es de suponer que lo que me ofrecía la televisión en aquellos momentos serviría como atenuante de la pena capital.

Demasiados sábados como aquel en mi vida como para no tener diseñado un protocolo de crisis. Sabía que mi desintoxicación mental tras caerme al pozo pasaba por una etapa de aislamiento personal, durante la cual chapoteaba en mis debilidades sin ningún autocontrol.

Y cuando estaba pensando si poner a Enrique Iglesias en la cadena de música, fue cuando el teléfono sonó, pillándome in fraganti viendo –sin ver- el programa de Cine de Barrio. Aparté de un manotazo la bolsa de gusanitos para que mis anaranjados y entumecidos dedos pudieran coger el auricular mientras la otra mano –la zurda, que estaba aparentemente

más limpia- bajara el volumen en el mando a distancia: -  
¡Diga!

- ¿Carlos Palomero? –una voz femenina típicamente comercial se colaba por mi cerebro sin saber el peligro que corría en esos momentos.

- Mire señorita si es otra vez del banco ya les he dicho que sólo quiero mi cuentecita con sus recibos al día y sus intereses nulos, que no sé en que lista de clientes preferentes me ha colado algún inepto, pero que ni quiero acciones, ni planes de pensiones, que me dan mal rollo, ¿estamos?

- No soy del banco. Soy Alicia. La de la empanada...

*...Love was a lesson we tried to learn  
There were no exams to pass or fail  
Only heartbreaks, renew our faith  
Life was a lesson we've tried to learn  
There were no tests to pass, no license to gain  
Only win or lose, renew our faith...*

*Fifites child-**Barclay James Harvest***

## VI

### ¿Quieres correr conmigo?

Érase una vez un niño fuertote, de pelo negro rizado y abundante, que vivía en el Barrio Salamanca, una de las zonas con más clase de Madrid donde los apellidos compuestos apadrinaban algunas de las dinastías más notables de la ciudad. Aquel crío creció feliz en las inmediaciones de un parque tan bonito que había pertenecido a reyes, rodeado por grandes amigos cuya compañía le proporcionaban el mismo confort y seguridad que en casa le daban sus padres. En su idílico mundo también estaba David, el más incondicional de

sus colegas, la imagen que en el espejo hubiera deseado ver nuestro niño cada mañana si hubiera dispuesto de un genio con lámpara maravillosa, y que saldría de su vida temporalmente cuando el temido Bachillerato se cruzara en su camino. Y, por supuesto, estaba Alicia, la niña rubia de ojos como el mar, que perseguía ilusionado y encelado por el mercado, el bulevar o el Retiro, y que un día le metió la nariz en la oreja mientras sus labios acariciaban fugazmente su colorada mejilla provocando en su organismo una reacción química descomunal que se transfiguró en su primer amor. Desde aquel día descubrió que la infancia se alejaba sin su consentimiento, justo en el momento en el que su inteligencia y medios le permitirían exprimirla al máximo. Pero el niño no se rindió y pudo camuflar sus ganas de jugar gracias a la aparición de las nuevas tecnologías, que además con el tiempo le proporcionarían dinero para inventarse una vida en la que ser adulto no significara abandonar la niñez. Sin embargo los años le convirtieron en un adolescente perpetuo, situación puente entre la ilusión y la conformidad. Y entonces volvió David, justo en el momento oportuno, para recordarle que los mejores años pasados podrían ser los cimientos de su vida y animándole a recuperar el más inolvidable de sus sueños. Nuestro niño volvía a sentir el miedo que le recorrió todo el cuerpo cuando descubrió que sus juguetes yacían en un altillo de su casa y que en la nueva etapa que empezaba no había sitio para mediocres como él. El campeón de las chapas, el Fangio del Scaletrix, el héroe del rescate en el parque, ya no

cotizaría en la bolsa de la incipiente juventud. Y lo que era más desalentador: tenía la suficiente perspicacia para darse cuenta de que aquello iría peor con el paso de los años. Por eso apreciaba de verdad el intento de David de retomar de nuevo su vida en el instante en que todo se torció.

¿El final de la Historia? A veces los cuentos no acaban, sólo nos abren nuevas puertas.

- ...Como no venías a la tienda me compre el juego del pollo en el Corte Inglés, el del Moco, ya sabes...

- Mock –balbucí.

- Eso Mock. Allí venía el nombre de los creadores, así que probé a localizar tu teléfono en información y, eso, ya está.

- Ya está... –me temblaba la voz como si me encontrara de nuevo con el Padre Sebastián y su loca

- Me gustaría hablar contigo.

- Conmigo.

- Sí. Me gustaría en un sitio tranquilo. Sin prisas –su tono era serio, pero no parecía enfadada ni se escuchaba ningún chasquido en la línea telefónica que me indicara que nos escuchara la brigada criminal geriátrica.

- ¿El Retiro? –aún me quedaba lucidez dentro de mi palpitante cocorota para planificar el partido jugando en casa.

- Bien. Mañana es domingo y cierro por la tarde. ¿Te parece bien a las cinco en el quiosco de música?

- Estupendo. En el cinco a las quiosco. Sí... Eso es.

- Vale. Pues entonces mañana nos vemos –su dulce voz me inundó de ternura: *mañana nos vemos... mañana nos vemos... mañana nos vemos.*

Un ángel acababa de tenderme una mano para que saliera de mi cubil. Como siempre, frío y calculador, David se limitó a sonreír y comunicarme que lo estaba esperando de un momento a otro. No había perdido la esperanza de que me reuniera de nuevo con Alicia y así recuperarme de mi marchito estado de ánimo. Yo, por mi parte, había decidido quitarme literalmente la careta ante ella y contarle toda la historia para que mi aventura tuviera algún fin. Siempre he odiado que en las series de televisión aparezca el temido *Continuará.*

El domingo me levanté temprano, para darle una capa aparente de limpieza a mi casa antes de que llegara mi telemadre con los pedidos de la semana: *me traes las camisas con la oferta 2x1 y el táper de pescado con extra de patatas. Y los postres de chocolate con galletas que regalan un fregasuelos, también.*

- Te veo más delgado, hijo. ¿Comes bien?

- Me he aficionado a la empanada.

- ¿Te gustó la sorpresa de David?

- Mucho. Fue realmente inesperado. Por cierto, tengo un regalo de Londres para ti.

- ¿Para mí? Con los gastos que tienes...

- Es una cosilla de Harrod's, para que fardes con tus amigas –le entregué el paquete.

- Veamos... ¡Qué bolso tan bonito! Y es un rojo carmín tan elegante... Seguro que combina con algo. ¡Gracias hijo! – besito maternal.

- No lo había en negro. Ya sabes, las rebajas...

Por segunda vez usé el perfume que compré el día que fui a verla a Licia para irradiar algo de glamour en nuestra primera –y presumiblemente última- cita. Llegó tarde, como toda mujer que pretenda ser apreciada en un primer encuentro, pero recompensó mis ojos con un precioso gorrito de lana verde a juego con el abrigo que confundía su silueta con los árboles. Ningún beso ni saludo especial, sólo el escueto *¿has esperado mucho?* que por un instante me hizo sentir como el típico novio dominguero que comparte con su pareja una eterna bolsa de pipas.

Alicia paseó conmigo junto al estanque del Retiro, con la mirada perdida entre el suelo y las variopintas personas que se cruzaban en nuestro camino curioseando los puestos de lectura del tarot y los artistas que ofrecían sus espectáculos a cambio de unas monedas. Mi relato apenas le hacía esbozar una sonrisa o alguna tenue mueca incrédula; ella se limitaba a escucharme. Desde el día del juego de la botella a mi magistral entrada a escena vestido de fantasma, pasando por nuestra cita en Londres, procuré relatar los hechos con un tono casi aséptico, por miedo a asustarla si percibía demasiada pasión en mis palabras. Hablé deprisa, como si temiera que una pausa pudiera hacer que ella me interrumpiera diciéndome que a ella nada de aquello le importaba y que hiciera el favor de dejarla en paz. Tan apresurado fue mi relato que al llegar al monumento a Alfonso XII no me quedaba nada que contar; sólo pude regalarle un silencio que no resultó incómodo, sino confortable. Tenía motivos más que sobrados para sentirme avergonzado en su presencia, pero estaba extrañamente relajado. Al acercarnos a la escalinata, ella se sentó y me invitó a su lado con una breve sonrisa.

- Te vi en Londres.

- ¿Me viste? ¿Dónde? –My God!

- El espejito. Tenía un espejito en el bolso y me pareció verte entre el público, así que en el descanso salí por la puerta de la derecha como si fuera al servicio, pero en realidad subí arriba para ver todo el patio de butacas.

- No me di cuenta. Supongo que soy difícilmente camuflable –ella rió breve pero sinceramente.

- Eres un tío muy gracioso.

- Soy patético.

- No digas eso. Me encantó lo de la rosa que dejaste bajo el asiento, pero como fantasma debes tener cuidado en no sembrar el pánico –no disimuló su risa-. Cuando Doña Asunción me habló de un atracador vestido con una capa negra y una máscara blanca me vino a la mente enseguida mi fantasma, que suponía que eras tú. Al encontrarme otra rosa en el suelo estuve segura. ¡Qué cosas tienes! –sus ojos se clavaron en mí recorriéndome de arriba a bajo como si quisiera imaginarme con mi uniforme san valentiniano-. Además, vi como escapabas y me pareció que sí que eras tú.

- Te agradezco que no me aborrezcas por la vergüenza que debiste pasar.

- No pasé ninguna vergüenza. Incluso conservo las dos rosas pinchadas en mi corcho con el programa del Her's Majestic. Debes ser una persona bastante impulsiva. ¿No?

- ¿Yo? No sé porque lo dices. Esto lo suelo perpetrar siempre que voy a iniciar una relación.

- ¿Sabes una cosa? Cuando te presentaste en la tienda a por empanada –se volvió divertida hacia mí-, tardé un poco en situarte. Ahora sí te imagino de niño.

- No hay pérdida, tengo cierta atracción gravitacional.

- En serio. Hay una imagen que guardo de ti muy especial.

- ¿Cuál?

- En aquellos años veníamos mucho por aquí. Entrábamos todas juntas, por la puerta de la Reina Mercedes, y nos dirigíamos al Florida Park. Siempre esperábamos ver a algún artista. ¡Imagínate! Luego atravesábamos el paseo de coches hacia el monumento a Martínez Campos y nos sentábamos en uno de los bancos. Recuerdo una mañana, debía ser sábado porque los domingos iba con mis padres, en la que tú y tus amigos jugabais al stop alrededor de la fuente. En cuanto nos visteis, uno de vosotros muy espabilado...

- Sería Andrés.

- No lo sé. Soy muy mala para los nombres. El caso es que ese chico nos propuso jugar a un rescate mixto, ya sabes, mezclando chicos y chicas. Aunque nos parecíais una panda de críos la verdad es que erais de lo más potable del barrio – asentí orgulloso por si aquello me tocaba en algo-, así que jugamos. Quizás no te acuerdes, pero te tocó en mi bando.

- Puede ser. Tenía buenos contactos con la mafia.

- Cuando estábamos todos atrapados, los otros pensaban que el juego había terminado. Entonces uno de ellos dijo que faltaba alguien y que había que estar atentos.

- Eso sí lo tenía, ¿ves? Me escondía tan bien que algún día se fueron a casa sin mí.

- De repente, como una locomotora apareciste por uno de los flancos, tan rápido que nadie se atrevió a agarrarte y nos embestiste con tanta fuerza que yo caí al suelo. ¿Sabes lo mejor? –negué temiendo lo peor- Que al acabar el juego te acercaste a mí, todo rojo y sudoroso, y me preguntaste si me habías rescatado bien mientras yo me sacudía el polvo de la caída –una amplia sonrisa surcó su rostro haciéndolo más bello, si aquello era posible-. Me pareciste el ser más adorable de la tierra. En serio.

- ¡Vaya! Lo más salvaje que he hecho por ti y no lo recordaba.

- Eso no es así, Jaime. Has hecho por mí cosas muy bellas –acarició fugazmente mi mano-. Lo de Londres fue lo más romántico que me ha pasado nunca, pero al verte allí, no sé, sin conocerte apenas, me dio un poco de miedo.

- ¿Miedo?

- Sí. Verás. Yo pensé que era alguno de mi entorno, algún conocido... Lo único que recuerdo de ti, son siluetas borrosas de cuando éramos niños. ¡Imagínate!

- Pero disfrutaste, ¿verdad? –deseé preguntar lo mismo en otro contexto

- Como nunca, te lo prometo. Y fui valiente por acudir a la cita, eso no lo puede negar nadie.

Se hizo un silencio mientras observábamos dos pajarillos que devoraban las pipas que le ofrecía una pareja. El suave

rostro de Alicia, perfilado por el sol del atardecer, me traía a la memoria a otra niña, la que yo conocí y que tantas veces evoqué con nostalgia. Su sola presencia hacía que me sintiera afortunado. Había esperado tantos años para poder contarle lo que sentí, y lo que sentía ahora, que me costaba entender el porqué de mi inseguridad ante ella. No era tan inalcanzable. No era una diosa. Simplemente era ella. Mi Alicia. En aquellos minutos de silencio, con su leve perfume y esa luz anaranjada tan madrileña que creaba un aura misteriosa en su cabeza, comprendí que estaba viviendo uno de esos momentos mágicos que te acompañan a lo largo de tu vida. Lástima que en pleno éxtasis ella se levantara para continuar el paseo.

Caminamos algunos minutos, en los cuales me preguntó por mi trabajo, si era divertido, si tenía tiempo libre o si viajaba con frecuencia a Londres. Sin darnos cuenta pasamos el Palacio de Velázquez y llegamos a la altura de aquel banco –bueno, era más o menos por allí- donde yo la rescaté del Guzmán y el Wormy, así que le recordé el episodio que le había reseñado una hora antes.

- ¿Fue aquí?

- Aproximadamente. Pueden haber cambiado los bancos, pero el quiosco sí era ese.

- O sea, que desde aquí me llevaste en volandas hasta el Palacio de Cristal. ¡Qué bueno! Y yo encima te seguí. El caso es que algo me suena.

- Casi me da un infarto.

- ¿Quieres correr conmigo?

- ¿Correr qué...? –no pude articular más palabras porque comenzó su estampida, volviéndose para llamarme con la mano-. Pero, ¿qué haces?

- Te espero allí.

Lo que faltaba. Yo buscando una mujer madura que me recondujera por el buen camino y resulta que era tan niña como yo. Se paró a la altura de la escalinata del Palacio de Cristal y, al ver que me aproximaba, reemprendió su particular maratón hacia la otra orilla –y yo sudando-. Para mi sorpresa, bajó a la falsa gruta donde nos refugiamos aquel día siendo niños y aguardó mi llegada con el abrigo bien cerrado, porque ya estaba refrescando. Por el hueco de la gruta caía una cascada de agua que enfriaba más todavía aquel húmedo rincón. Yo seguía –como todos los niños- cual perrito faldero su juego sin entender lo que se proponía con sofocarme de aquella manera. Entonces tomó mi mano y me dio un rápido, pero dulce beso, en los labios –un escalofrío me recorrió por entero-. Me miró sonriendo por su travesura y me dio una concisa explicación: - Te lo debía.

- Tú nunca me has debido nada, pero no me ofende ese beso, te lo prometo. ¿Hay más deudas pendientes? Lo digo por si...

- ¿Sabes Jaime? Últimamente no tengo demasiados amigos, pero ya te contaré mi vida otro día. Lo que sí quiero que sepas es que estoy convencida de que eres una gran

persona y me gustaría conocerte mejor. ¿Quieres? –supongo que afirmé con tanta pasión que se me notó demasiado- No te hagas ilusiones, que veo que se te da bastante bien –de nuevo esa sonrisa, ¡Dios!-, sólo te estoy pidiendo que seamos amigos.

- Es más de lo que esperaba, Alicia –mentira, pero quedé como un señor.

- ¡Estupendo! Tenemos que repetir este paseo algún día.

- Sí, me encanta venir a este sitio –me observó con curiosidad, como calibrando con quien se jugaba los cuartos.

- El Retiro es muy grande. Además, tengo que traer a mi hija, que le encanta jugar por aquí. ¿Vendrás alguna vez?

- Claro –yo era capaz de construir un carrusel con palillos para Claudia.

- Desde que se fue su padre se ha vuelto más contestona y, no sé, quizás más caprichosa. Espero estar acertando con su educación.

- A mí me gustan los niños –en pepitoria-. Cuenta conmigo.

- No te enfades –ladeó un poco la cabeza y me miró fijamente-. Pero, ahora que te miro, todavía tienes la misma mirada de niño. Viéndote aquí parado, con esa expresión de osito de peluche es difícil imaginarte tramando cosas como lo de Londres.

- Es algo así como Clark Kent y Superman. Si me vieras en acción te impresionarías.

- No me cabe la menor duda, Jaime. ¿Nos vamos? –yo la habría seducido allí mismo a diez grados de temperatura pero, como decían los Módulos, todo tiene su fin.

- Venga, que es tarde.

Probablemente un observador imparcial hubiera pensado que, salvo el beso que me debía por ser su héroe, había fracasado en lograr mi anhelado sueño, pero no era así. David lo comprendió enseguida, porque siempre tuvo ese sexto sentido para analizar las situaciones imprevistas. Era el mejor de los males y el menos bueno de los triunfos, pero me sentía dichoso porque ella parecía sincera al mostrar su aprecio por mí. Además, modestia aparte, yo era un buen partido y posiblemente caería a mis brazos en un futuro próximo – veinte años como mucho-. Todo era cuestión de perseverar y poner la zancadilla a cualquier moscón que se le acercara demasiado. A mí tramando cosas no me gana nadie.

No quiso que la acompañara a casa, pero sí me aceptó una merienda en una cafetería de la calle Goya como despedida de aquel domingo inolvidable para mí. Me gustó que pidiera unas tortitas inundadas de sirope de chocolate y nata, porque nunca me han gustado las mujeres que comen

como pajaritos. Felipe siempre dice que viendo a una persona comer puedes saber como se comporta en la cama. Sin entrar en detalles deseé con todas mis fuerzas morir en aquel momento y reencarnarme en aquel amasijo de masa cubierto de chocolate y nata, pero la cercanía de una señora endomingada –dentro de un bunker de chinchilla- devorando una tostada me hizo dudar de la puntería y precisión de las reencarnaciones, por lo que preferí desechar la idea de abandonar este mundo para ser mordido, chupado, engullido y digerido por Alicia.

Regresé a casa paseando, respirando cada porción de aire por si todavía quedara algún rastro de ella cerca de mí, recordando como en una película cada detalle de nuestro encuentro y entreabriendo mis labios para evocar aquel fugaz roce de los suyos. Me extrañaba que la gente que se cruzaba en mi camino no me felicitara por mi pequeña cita, que no se pararan para hacerme la ola o pedirme un autógrafo, a mí, al ser más afortunado del mundo durante una leve fracción de segundo.

Dos semanas más tarde, mi sueño se completó. Invité a Alicia y a su hija a dar un paseo en un majestuoso autobús descapotable de color rojo que enseñaba Madrid a los turistas. Aunque hacía todavía frío, el sol anunciaba la cercanía de la primavera y disfrutamos de un viaje agradable en el que la cría disfrutó escuchando las explicaciones por los auriculares en varios idiomas –probó hasta el japonés-. Descubrí que

Alicia se sentía relajada conmigo, que procuraba que nuestra relación de amistad fuera de lo más natural y que aparentemente la niña estaba a gusto en mi presencia. Yo era consciente de que algún día otro hombre podría ocupar mi lugar en una situación similar, que mi papel en su vida podía traerme decepciones y celos, pero bastaba con verla sonreír con el pelo al viento en aquel autobús para darme cuenta que necesitaba estar cerca de ella.

- ¿Quieres saber cómo te veo, Jaime?

- Dime –miedo me daba.

- Eres como un gran sillón, acogedor y confortable. Apenas te conozco y me siento cómoda en tu compañía. Pareces una persona que relaja a los que están a su alrededor.

- No suena mal. Dice un amigo mío, Felipe, al que llamamos el Príncipe, que me parezco a un seiscientos por tener el motor en el trasero y la aerodinámica de un bol de palomitas, así que a partir de ahora procuraré que seas tú mi asesora de mi imagen. Te veo más observadora que él.

- No me importaría ser tu asesora. Mira, para empezar...

- ... Podrías salir conmigo para obtener información.

- ¿A qué te tiro por la borda del autobús? –me regañó con la mirada

- Seguro que reboto.

- No creo, con toda la empanada que te metes.

- Touché.

David sólo esperó un día para plantearme la cuestión. Justicia obliga. Había besado a Alicia en el Retiro –no importaba quien besó a quien ni la duración del osculito- y compartido con ella una paseo en descapotable rojo –no era un Ferrari pero era más grande-, tal y como lo describí en mi imaginación cuando era niño. Se había abierto la puerta que deseaba, sin saber si me llevaría algún día a ser amado por Alicia.

Ahora era su momento. Le echaría de menos, pero se había ganado con su fidelidad hacia mí el poder surcar el espacio cumpliendo el deseo de toda una vida.

La odisea de David estaba a punto de comenzar.

*...Look in my face  
See the light of a thousand stars shine bright in the night  
As I step from the stage  
Don't burn your hands on my skin  
You can't touch what's deep within that's my soul  
Reaching my final goal...*

*Sperratus-Barclay James Harvest*

## VII

### **2001: La odisea de David**

La tarde caía cuando David revisó su equipo por última vez. Su traje de astronauta lucía impecable después de haberlo limpiado con todo el cuidado del que mis manazas eran capaces, armadas con un bastoncillo de algodón. Su cuerpo, como siempre, recubierto por una tela plastificada color plateado, que le tapaba desde los pies hasta el cuello, donde un collarín metálico estaba preparado para alojar el casco. La radio y el macuto de soporte vital estaban ya ajustados por una correa elástica al traje. El brillo intenso de sus ojos

parecía traslucir la emoción por la llegada de aquel momento deseado desde hacía tantísimo tiempo. Me sentía como el sastre de una novia en la última prueba.

Cuando salimos del despacho, mi viejo amigo echó una concienzuda ojeada al entorno donde había vivido en las últimas semanas, dedicando un guiño cómplice al monolito en el que juntos habíamos disfrutado de los vídeos de Star Wars como en los viejos tiempos, devorando un mastodóntico cubo de palomitas. Al cerrar la puerta de mi piso comenzó el largo trayecto que le llevaría tan lejos de allí.

Mi caprichoso automóvil optó por arrancar –emitiendo algún rugido asmático de dudosa sintomatología- iniciando así la misión. Dejé mi mochila en el maletero, me acomodé al volante, repasando por última vez el callejero, y nos dirigimos en busca del Spacemaster, comprobando en mi reloj que, si no había excesivo tráfico, el horario se cumpliría según lo previsto. Me infundía mucho respeto el perfil sereno de David, cuya determinación me impresionó una vez más. Yo en su lugar habría estado hecho un manojito de nervios.

Cuando estábamos llegando, los últimos rayos del sol se deslizaban por la inmensa cúpula blanca situada a más de quinientos metros sobre el nivel del mar, que nos aguardaba imperturbable, como si el destino de aquel hombre no estuviera escrito en sus paredes. Dejamos el coche en el aparcamiento y avanzamos decididos por la escalinata hasta llegar a la puerta de entrada, desde donde se adivinaba la

iluminación de la sala principal. El murmullo constante del tráfico de la ciudad se quedó tras las herméticas puertas, dando la sensación de penetrar en un templo aislado del mundo exterior. La tarde anterior había estado allí para estudiar los preparativos, así que me acerqué con seguridad al primer control para acreditarme y comprobar que el horario se mantenía tal y como estaba planeado desde el principio.

David quiso conocer las instalaciones de aquel lugar cuya existencia en Madrid resultaba inimaginable cuando éramos más jóvenes. Las vigas y pilares recubiertos de aluminio sostenían las estructuras de los computadores, cuyas imágenes parpadeaban a nuestros ojos como una multitud de focos de colores que se reflejaban en los gruesos tubos de ventilación. Bajamos la escalera para conocer la Sala de Astrónomos, situada justamente debajo de la cúpula, que parecía una pequeña cripta en las que los monitores de vídeo permanecían constantemente encendidos. Y David, como era habitual, relajado y controlando sus emociones. ¡Qué tipo!

Al llegar la hora, pasamos el segundo y último control, desde el que accederíamos a la gran cúpula donde el “Spacemaster” aguardaba en el centro, rodeado de al menos otros cien dispositivos que le apoyarían en su misión. Observando los diminutos leds encendidos por todos los rincones me di cuenta de que todo estaba a punto y que el momento había llegado, así que abrí mi mochila y le mostré a David lo que le había comprado en Londres.

- ¿Es lo que querías? –David asintió emocionado- No fue fácil, que lo sepas. La tuya no se encuentra, pero esta es parecida. Mira, están cerrando las puertas y en el control está todo el mundo preparado. Sólo quiero que sepas que nunca olvidaré lo que has hecho por mí... ¡No! Sabes que llevo razón. Tu amistad ha sido de lo mejor que me ha pasado nunca. ¡Venga! Tienes que irte y nada de mariconadas, que me da mucho palo abrazarte con toda esta peña mirando. Ya sabes, deja el pabellón de la humanidad muy alto, llegues a donde llegues. ¡Hasta pronto David! Que la fuerza te acompañe.

Se puso la escafandra con su inscripción de “United States Astronautics”, levantó el pulgar y, guiñándome un ojo cómplice, entró en la nave. Las luces se apagaron, la megafonía de cinco mil vatios comenzó a funcionar y el Spacemaster, situado sobre un doble tronco de cono invertido, inició sus primeras maniobras. La odisea había comenzado.

Durante un tiempo que sólo David era capaz de medir, su nave surcó el Sistema Solar en dirección a Saturno, escuchando atentamente las explicaciones que le llegaban desde el control de la gran cúpula. Según se aproximaba a Japeto y se percibía con nitidez su aspecto casi lunar, recordó aquellos libros que leía junto a Jaime -Tintín, Julio Verne o Flash Gordon- que habían sido grandes causantes de su

empeño por realizar aquella misión. Japeto, el titán hijo de Urano y Gaia, hermano de Cronos y padre de Atlas, Prometeo y Epimeteo, y antecesor de la humanidad, le observaba serenamente, como si le aguardara desde hacía muchísimo tiempo. Su lado encarnado y oscuro se desmarcaba del otro hemisferio, mucho más claro y brillante. Algún material que se renovaba constantemente era responsable de la coloración del hemisferio rojizo, como se deducía de la casi ausencia de cráteres. Quizás Japeto tuviera vida interior o quizás simplemente acogía materia del espacio. Sea cual fuera su origen, resultaba fascinante. David se acercaba hacia el lado luminoso que destacaba en el satélite como si fuera un gran ojo que observara paciente la llegada del visitante.

Cuando casi podía ser absorbido por Japeto, un destello de imágenes de planetas, galaxias enteras y estrellas pasaron ante sus ojos como si fueran los reflejos del televisor que aquella mañana de su regreso Jaime comparó con un monolito oscuro pero embriagador. El Carl Zeiss Jena, modelo “Spacemaster” iba girando lentamente cambiando su campo de visión y mostrando a sus ojos todo el universo conocido por el hombre, entregándole a mi amigo el más bello regalo que nunca pudo imaginar. Dicen algunas personas que al morir ves pasar tu vida delante de los ojos, como si realizaras un vaciado de la memoria, un auténtico reset con copia de seguridad descargada Dios sabe donde. Eso es lo que sentía David al ver el universo estremecerse a sus ojos, como si su sola presencia lo estuviera alterando, aportando su

insignificante masa a aquel prodigio químico tan bello en su caos perfecto. Había cruzado la puerta de su sueño, dando sentido a su existencia y alcanzando la meta que siempre habían anhelado sus semejantes. David había llegado a su destino gracias al empeño de un niño de treinta y tantos.

Las luces de la sala del Planetario de Madrid se encendieron y los proyectores de vídeo dejaron de deleitarnos con sus imágenes. Satisfecho por haber logrado cumplir el sueño de mi querido juguete “Madelman modelo Astronauta 2001” de viajar al espacio, guardé la nave de plástico de nuevo en la mochila procurando no ser observado. Sabía que David se encontraba dentro de aquella carcasa blanca, pero no pensaba abrirla, porque lo que había dentro era ya sólo la figurita de dieciséis centímetros con ojos de cristal. La conciencia de David estaba ahora integrada en una forma de energía que fluiría por el universo, llevando consigo los destellos de mi imaginación infantil. Como decía la publicidad en el reverso de la caja de Equipo Individual donde le conocí una lejana mañana de Reyes, los Madelman lo pueden todo.

Decía David que si en los albores del siglo XXI somos capaces de modificar nuestro ADN quizás algún día podamos rediseñar nuestro cuerpo -por si acaso procuraré informarme para ser el primero en la fila-. De todas formas, una gran duda

se me planteó aquellos días: si cambio mi cuerpo, ¿qué será de mi conciencia? ¿Es mi personalidad un ente aislado de mi cuerpo o conviven ambos de forma indivisible? El mismo Jaime que ha ganado el aprecio y el cariño de Alicia quizás no merezca la atención de la otra versión emboscada en un cuerpo de yogurín. Seguro que mi vida hubiera sido distinta de no haber sido como soy. Ojalá pudiera saber si la inteligencia que nos aguarda en los confines del universo está basada en el alma o en el cuerpo, si somos seres mágicos enfundados en un conjunto de células perfectamente conjuntadas, si mi alma está creciendo en función de su cárcel provisional o si la simbiosis es tan perfecta que nunca me desligaré de mi esencia física.

Si mi persona, mi verdadera identidad, es alimentada por mi propia imaginación, mis sueños o mis frustraciones, entonces yo sería como el universo, un caracol que se encoge o se expande al exterior, dependiendo del estado de mi alma. El universo cambiaría constantemente quizás porque él mismo es el conglomerado de todas las energías que aportamos desde nuestro ser. Mientras que yo pueda soñar estaré vivo y daré vida a los demás. Debía ser algo así.

Y mi madre lo sabía.

Ellas mantienen ese vínculo eterno, esa unión con los hijos tan cercanas a ese flujo de energía aportado por todos los seres que desean soñar. Sabía que me sentía vacío y desalentado,

perdido en un bucle temporal entre la infancia y la adolescencia de la que sólo David me podía rescatar. Adivinó que jugaría con él, que volvería a darle alma en forma de voz y vida, y que me ayudaría a encontrar mi camino. Alguna mañana debió sentirse sola y evocó los días pasados en los que mi cuarto era una auténtica explosión de alegría e ilusión en torno aquellos juguetes que, en lugar de dirigirte mediante un ladrillo de instrucciones, eran como esponjas dispuestas a recibir parte de tu alma. Entonces buscaría mis cosas encima del armario y hallaría a un confundido David abandonado durante muchos años, y lo tocaría y acariciaría como si fuera un poco de mí, lo miraría con pasión y encontraría una nota escrita con la letra infantil de su hijo bajo su ajada ropa de astronauta. Seguro que se enterneció al imaginarme enamorado tan chiquito y pensó que recuperar aquella ilusión me haría volver a recuperar el brillo de la mirada que ella conoció en mis mejores años. Hablar durante semanas con David Bowman fue hablar conmigo mismo. Quizás el pedacito de mi alma que viajó con David ya haya descubierto el sentido de la vida.

Recuerdo que al volver del Planetario, con la carcasa de David en mi mochila, me preguntaba que hacer ahora con el muñeco después de haberse quedado vacío, por lo que me conecté aquella misma noche en Internet para buscar inspiración. Fue una de las mayores sorpresas de mi vida encontrar a tantos niños grandes como yo que dedicaban sus

páginas a aquellos juguetes que nos permitieron viajar por mundos desconocidos, tratándolos como si fueran piezas de coleccionismo. A uno de ellos le alegré la noche cuando, observando su museo Madelman virtual, pensé que mi David estaría confortable y bien cuidado en aquel lugar que -según me contó- se iba a convertir en una exposición residente en una futura casa del juguete de un pueblo catalán. Supongo que muchos niños pasarán por sus vitrinas y la mayoría observarán con desdén las escenas recreadas por astronautas, policías montadas del Canadá o piratas, y comenten lo mucho que se aburrirían sus viejos con aquellos cacharros; pero a lo mejor alguno de ellos libere su mente y se anime a aportar su granito de arena al crecimiento del universo.

El otro día pasé por una juguetería para comprarle a Claudia un balón por su cumpleaños –seguro que a Alicia le impresionaría mi elección no sexista- y me detuve a ver las nuevas figuras de Star Wars. Para mi sorpresa, encontré una nueva versión de los clásicos Madelman y no puede resistirme a imaginar a algunos adultos aprovechando su poder adquisitivo para conseguir las figuras que siempre habían querido comprar de pequeños. Y es que dos estantes más atrás, un padre jugaba con el Scalextric ante la perpleja mirada de su hijo que todavía no había tenido ocasión de tocar el mando, otro hombre de mediana edad abría las puertezuelas

de un Porsche escala 1:24 y una mujer le mostraba a su nieta la reedición de la célebre Mariquita Pérez. Estaba claro que algunos adultos tenemos dentro un pequeño secreto que no nos atrevemos a confesar.

Compré el balón y me dirigí a Licia a saludar a mi amada. Como siempre, la encontré preciosa, con sus manos agarrando aquellas barras de pan de tal forma que recocía la masa de tan envidiadas proporciones de trigo, levadura y sal. Mientras atendía a una cliente –juraría que era Doña Asunción, la afortunada que conoció al verdadero Fantasma de la Ópera– coloqué el regalo de Claudia a un lado del mostrador, muy cerca de mi adorada empanada. Al quedarnos solos tomó el balón y me preguntó lo que era, ya que al envolverlo para regalo los habían convertido en una especie de sandía deforme.

- Es para Claudia. Un balón de fútbol.

- ¿Un balón? Es un regalo muy original. Lo malo es que yo no sé jugar al fútbol.

- Yo soy... Era muy bueno. Podemos ir un día al Retiro y echar un partidillo.

- Vale. Muchas gracias Jaime, eres un sol.

- ¿No merezco un besito por ser tan majete? –le señalé el impaciente carrillo derecho

El tiempo se detuvo cuando ella se aproximó a mí. El aire a mi alrededor tembló ligeramente y mi cuerpo se estremeció al

sentir su mano en mi hombro. Sus ojos entornados, tan rebosantes de belleza, me arponearon el alma. Los labios entreabiertos dejaban escapar un aliento que olía a trigo recién cortado, aroma que me atormentaba. El roce de su cara, era terciopelo de ángel capaz de curar cualquier herida del alma. El susurro que me nombraba me hizo suyo

Y, por supuesto, una nariz en mi oreja.

*Madrid-Guadarrama- Agosto de 2007*

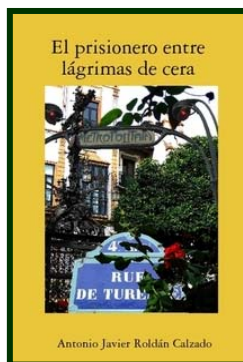
### **NOTA DEL AUTOR**

*De pequeño tuve un Madelman Astronauta como el de Jaime y esa es la causa por la que elegí ese modelo para la novela. Cuando mi madre leyó el borrador de la novela recordó aquel juguete y se lo comentó a su amiga y vecina M<sup>a</sup> Carmen. El destino quiso que uno de sus hijos tuviera uno igual y lo conservara. La generosidad de la familia Vega y los deseos de mi madre han permitido que una mañana de Reyes ese Madelman apareciera en la que ahora es mi casa. Según escribo estas líneas, David me observa desde mi vitrina.*

*Su foto se encuentra en la portada de esta pequeña historia.*

## Otros ebooks

***El prisionero entre lágrimas de cera:*** Un agente francés, François Lenoir, antiguo combatiente republicano en la Guerra Civil Española, retirado, gravemente enfermo y dedicado a labores de escritor, recibe un último encargo de su unidad. La lealtad hacia el soldado que le salvó la vida, y que vivió a su servicio hasta su muerte, le animará a realizar la misión junto a Miguel, el nieto de este. Al joven, el viaje a la tierra de su abuelo, le servirá para entregar una carta reveladora sobre una desaparición ocurrida en los comienzos del conflicto bélico, y para descubrir el despertar de un país que había estado aletargado durante casi cuarenta años. La difícil situación política española en el año 1977, avivará los recuerdos de Lenoir y abrirá una ventana a Miguel que le mostrará el corazón del abuelo desaparecido.

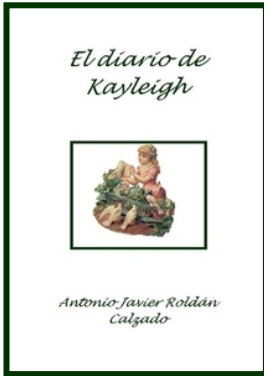


**Descarga gratuita:** <http://www.antoniojoldan.es/prisionero>

***Una nariz en mi oreja:*** Érase una vez un niño que vivía en el Barrio Salamanca, una de las zonas con más clase de Madrid, junto a un parque tan bonito que había pertenecido a reyes. En su idílico mundo también estaba David, el más incondicional de sus colegas, la imagen que en el espejo hubiera deseado ver nuestro niño cada mañana si hubiera dispuesto de un genio con lámpara maravillosa Y, por supuesto, estaba Alicia, aquella niña rubia de ojos como el mar, que perseguía ilusionado y encelado por el mercado, el bulevar o el Retiro, y que un día le metió la nariz en la oreja mientras sus labios acariciaban fugazmente su colorada mejilla, provocando en su organismo una reacción química descomunal que se transfiguró en su primer amor. Los años le convirtieron en un adolescente perpetuo, situación puente entre la ilusión y la conformidad. Y entonces, en el año 2001, regresó David para recordarle unas promesas pendientes que ambos escribieron en un papel y que llevaría al amigo a los confines del Sistema Solar.



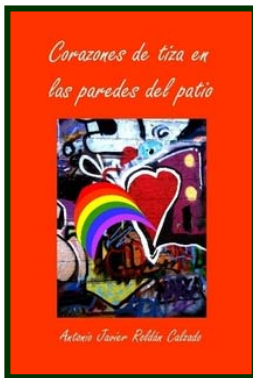
**Descarga gratuita:** <http://www.antoniojoldan.es/oreja>



**El diario de Kayleigh:** Fue en septiembre del 2003 cuando ellos se cruzaron en mi camino. Aquella tutoría necesitaba a alguien con ganas de echarles una mano y yo buscaba nuevos motivos para recargar mis energías en aquellos días extraños. Con su ayuda e ideas, escribí una historia de una adolescente como ellos, para trabajar en la tutoría del curso siguiente, llamado "El diario de Kayleigh". Con sus aportaciones el argumento fue creciendo y mejorando. Por eso, gran parte de los diálogos y

sentimientos que aparecen no son míos. Yo sólo he sido el ratero emocional de un grupo de adolescentes. "El Diario de Kayleigh" está repleto de diálogos, con pequeñas pausas para tener las reflexiones justas para seguir adelante. No es una obra literaria, es un espejo novelado de las inquietudes que nacen en la edad del pavo, aunque Kayleigh no entienda la relación que existe entre un ave de la familia de las phasianidae y ella.

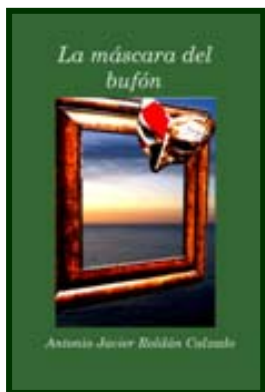
**Descarga gratuita:** <http://www.antoniojroldan.es/diario.htm>



**Corazones de tiza en las paredes del patio:** En el año 1985 llegó a mis manos un disco de Marillion, "Misplaced Childhood", que me recordaba que la infancia iba quedando atrás, pero a la vez me anunciaba que esa etapa tan feliz de mi vida nunca se perdería y que estaría para siempre presente en mi madurez. Veinte años más tarde me encuentro ejerciendo la docencia con jóvenes que, en muchos casos, demandan brújulas a las personas que les rodean de su familia o entorno escolar. Mi pasión por la enseñanza me animó en el

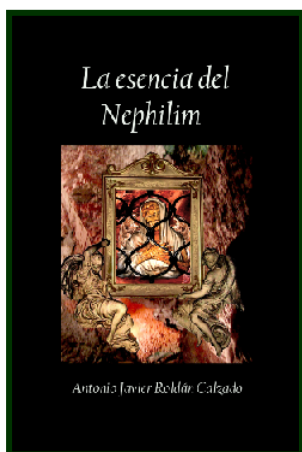
2003 a confeccionar una web de apoyo para mis asignaturas y a principios del 2007 añadí un blog sobre educación y sociedad. Cuando decidí el estilo del blog, recordé el disco de Marillion, concretamente la canción llamada "Kayleigh", un tema de amor que transporta en el tiempo a dos niños al patio donde se enamoraron. Mi blog se convirtió en un evocador viaje hacia atrás, para recargar fuerzas y seguir adelante desde la ilusión de un niño que pintaba "Corazones en las paredes del patio".

**Descarga gratuita:** <http://www.antoniojroldan.es/corazones>



**La máscara del Bufón:** Cuando hace un año terminé, y publiqué, la transcripción de mi anterior blog “Corazones de tiza en las paredes del patio”, dedicado a la educación en el contexto de los cambios sociales de este principio de siglo, sentí la necesidad de profundizar más en los dos temas por separado. Según escribía “Corazones...”, algunos lectores me animaban a continuar con los artículos relativos a educación, pero también surgió en mí la necesidad de enfrentarme a un bufón de máscara dorada que estaba acechando en los artículos que describían los males de nuestro mundo. Este fue el motivo por el que decidí centrar mi segundo blog en ese bufón, por si pudiera desenmascararle poco a poco con la ayuda de mi cámara de fotos y un poco de música. Tras diez meses de confrontación, en las que él siempre ha prevalecido con su atractiva risa y su dorada indumentaria, creo que por lo menos he merecido el derecho a quedarme con un precioso trofeo: Su máscara.

**Descarga gratuita:** <http://www.antoniojoldan.es/Mascara>



**La esencia del Nephilim:** Y en el valle un suave murmullo anuncia que el aire puede volver a silbar. Un mar invisible se remueve inquieto desde los confines del tiempo, la tierra hierve, escapando entre las rocas como una erupción y la mano quemada de Daoud surge del suelo aferrando con sus dedos cada partícula de vida en suspensión. Está vivo. Vuelve a nacer de las entrañas del desierto. Se levanta y sacude la arena que le cubría. Por fin el prisionero abandona sus cadenas para volver a amar. El cuerpo entumecido de Daoud reanuda el camino mientras su alma viaja ya hacia el paraíso lejos de allí.

Su búsqueda ha comenzado.

**Descarga gratuita:** <http://www.antoniojoldan.es/Esencia>



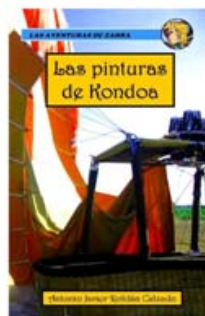
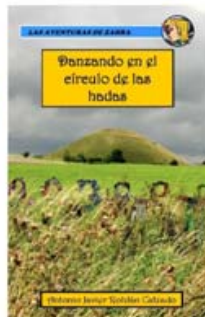
**La Pavoteca. Explorando tu mundo:**

“La Pavoteca” trata sobre la adolescencia desde el punto de vista de sus protagonistas, jóvenes, familias y docentes. Como subtítulo del libro he escogido la frase “Explorando tu mundo”, porque su lectura ayuda a los adultos a explorar el fascinante mundo de “los pavitos”, un lugar maravilloso de contradicciones y conraindicaciones, pero repleto de vida y esperanza. Pero el subtítulo también tiene otro sentido, el de la exploración que el adolescente hace de la realidad adulta, forjando su propia personalidad dentro de los límites que le marcamos, en una apasionante búsqueda de uno mismo en el espejo que se ha construido a lo largo de su vida.

personalidad dentro de los límites que le marcamos, en una apasionante búsqueda de uno mismo en el espejo que se ha construido a lo largo de su vida.

**Descarga gratuita:** <http://www.antoniojroldan.es/Pavoteca>

**Las aventuras de Zahra:**



**Descarga gratuita:** <http://www.antoniojroldan.es/Zahra>